



C. 1166268

t. 134143

DEVOCIÓN
DE LOS
SIETE DOMINGOS
DE
SAN JOSÉ

— NUEVA EDICIÓN —

AUMENTADA CON VARIAS DEVOCIONES
EN HONOR DEL SANTO PATRIARCA

~~~~~  
Con licencia de la Autoridad eclesiástica  
~~~~~



HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ
BURGOS



SAN JOSÉ
Patrono de la Iglesia Universal,
PROTEGEDNOS

Arzobispado de Burgos

Burgos 18 de febrero de 1909.

Por lo que á Nos corresponde como Gobernador Eclesiástico de esta Archidiócesis S. P., concedemos licencia para que pueda ser reimpressa y publicada en la misma esta obrita titulada «DEVOCIÓN DE LOS SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ», ajustándose en todo á este original á que se refiere la precedente censura.

Lic. Manuel Rivas.



R. 99745



INTRODUCCIÓN

La devoción á San José sigue los progresos de la devoción á la Santísima Virgen. Los fieles hijos de María han comprendido que nada podían hacer más agradable á su divina Madre como honrar con un culto especial á su angélico esposo.

«María, dice el docto y virtuoso P. Fáber, debe ser el primer objeto de nuestra devoción; San José el segundo.» Puede afirmarse que las prácticas en honor de este glorioso Patriarca, modelo y protector de las almas interiores, están basadas en las costumbres y en los usos de una verdadera piedad.

Tanto en las alegrías que la Divina Providencia nos concede,

como en las pruebas á que nos somete, conocemos á nuestros verdaderos amigos, á los que se interesan realmente en lo que nos concierne. He aquí por qué la santa Iglesia nos recuerda tan á menudo los misterios gozosos y dolorosos de Jesús, de María y de José. En efecto, cuando se ama de veras á alguno, se toma una parte igual en todo lo que puede alegrarle ó afligirle: por esta razón, los fieles servidores de San José han adoptado con satisfacción la piadosa y devota práctica llamada la DEVOCIÓN DE LOS SIETE DOMINGOS.

Los soberanos Pontífices, que han ocupado tan gloriosamente la Cátedra de San Pedro en estos últimos tiempos, han enriquecido de preciosas indulgencias esta tierna devoción, á fin de estimular á todos los fieles á practicarla. Se ganan 300 días de indulgencia cada vez, en virtud de una concesión de Su Santidad

Gregorio XVI, de fecha 22 de Enero de 1836, rezando durante siete domingos consecutivos en el transcurso del año, á elección de los fieles, LOS SIETE GOZOS Y LOS SIETE DOLORS DE SAN JOSÉ, y el séptimo domingo una indulgencia plenaria.

El santo Pontífice Pío IX, deseando en su amor tan tierno y tan ardiente por María, extender en todas partes la devoción hacia su casto Esposo, á las indulgencias ya concedidas por la devoción de LOS SIETE DOMINGOS, añadió en 1.º de Febrero de 1847 una plenaria en cada domingo, aplicable á las almas del Purgatorio, y en 22 de Marzo del mismo año hizo extensivas estas indulgencias á todos los que, no sabiendo leer, ó no teniendo la deprecación sobredicha, rezasen en esos mismos domingos siete PADRE NUESTROS CON AVE MARÍAS Y GLORIA PATRIS, añadiendo á ellos las condiciones

acostumbradas para ganar la indulgencia plenaria, esto es, la comunión, y orar un rato por las necesidades de la Santa Iglesia.

Además, por concesión anterior del Papa Pío VII, rezando estas mismas oraciones, se ganan:

INDULGENCIA DE 100 DÍAS, una vez al día;

INDULGENCIA DE 300 DÍAS, todos los miércoles del año y en cada día de los nueve precedentes de San José (19 de Marzo) y de su Patrocinio (tercer domingo después de Pascua);

INDULGENCIA PLENARIA, en estas dos fiestas, confesando y comulgando además.

Tomado de la «Racolta» ó Colección de Oraciones enriquecidas con indulgencias, mandada publicar por Pío IX y única auténtica.

Los verdaderos devotos de San José han respondido diligentemente á esta piadosa invitación del Vicario de Jesucristo. Las

gracias preciosas obtenidas, los milagros obrados por el Señor en favor de los que han practicado esta devoción con piedad, han sido un poderoso estímulo para aumentar la devoción á San José. A fin, pues, de ayudar en cuanto lo permitan nuestras fuerzas a las almas devotas á practicar cumplidamente estos santos ejercicios, les ofrecemos una meditación para cada uno de los siete domingos, y así, dirigiéndose á San José con más amor y fervor, alcancen de Dios, por intercesión del glorioso Patriarca cuanto pidan para ellas mismas y para todos aquellos que les son caros en este y en el otro mundo.

Después de cada una de las siete meditaciones debe decirse ó rezarse el ejercicio de los siete Dolores y Gozos de San José, por ser condición precisa para ganar las indulgencias. Debe practicarse esta devoción durante siete domingos consecutivos. Si hubiese

interrupción, aunque involuntaria, es preciso empezar de nuevo.

Aun cuando no se haya fijado época alguna para ganar las indulgencias plenarias que van unidas á esta santa práctica, creemos, sin embargo, que podrían elegirse con preferencia los domingos que preceden á las fiestas de San José, ó bien algunas circunstancias particulares, en las cuales se tiene necesidad de gracias más abundantes; como, por ejemplo, para conocer cada uno su vocación, ó para conseguir la conversión de un pecador, ó el buen éxito de un negocio, ó asunto que interesa á la gloria de Dios.

Será muy provechoso ofrecer todos los años á San José este tributo de amor y reconocimiento por todos los bienes que nos ha alcanzado su inefable caridad lo que, por otra parte, se convertirá en un excelente modo de obtener de él nuevos favores.



DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

LOS SIETE DOMINGOS

ORACIONES

á los siete **Dolores** y siete **Gozos**

I

Oh Esposo purísimo
de María Santísima,
glorioso San José, así
como fué grande el tra-
bajo y la angustia de
vuestro corazón en la
perplejidad de abando-
nar á vuestra purísima

Esposa, así fué inexplicable vuestro gozo cuando el Angel os reveló el soberano misterio de la Encarnación.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo os rogamos que consoléis á nuestra alma, ahora y en los últimos dolores, con la alegría de una buena vida y de una santa muerte semejante á la vuestra en medio de Jesús y María.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

II

Oh felicísimo Patriarca, glorioso San José, que fuiste escogido entre todos para el oficio de padre putativo del verbo humanado, el dolor que sentiste al ver nacer al Niño Jesús en tanta pobreza, se cambió luego en alegría celestial oyendo la armonía angélica, y viendo la gloria de aquella noche tan resplandeciente.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo, os suplico que nos alcancéis que después del camino de esta vida, pasemos á oír las alabanzas de los ángeles y á gozar de los resplandores de la gloria celestial

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

III

Oh ejecutor obedientísimo de las leyes divinas, glorioso San Jo-

sé, la Sangre preciosísima que derramó el Niño Redentor en la Circuncisión os traspasó el corazón, pero el nombre de Jesús os lo reanimó, llenándolo de gozo.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo alcanzadnos que, quitado de nosotros todo vicio en vida, expiremos gozosos con el Santísimo Nombre de Jesús en el corazón y en la boca.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

IV

Oh fidelísimo Santo, que tuvisteis parte en los Misterios de nuestra Redención, glorioso San José, si la profecía de Simeón de lo que había de padecer Jesús y María os causó un desmayo de muerte, también os colmó de un dichoso gozo la predicción de que de ahí se seguiría la salud y resurrección de innumerables almas.

Por este vuestro do-

lor y por este vuestro gozo, alcanzadnos que seamos del número de aquellos que por los méritos de Jesús y por la intercesión de María, han de resucitar gloriosamente.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

V

Oh vigilantísimo Guarda, familiar íntimo del encarnado Hijo de Dios, glorioso S. José; ¡cuánto penásteis para sustentar y servir al

Hijo del Altísimo, particularmente cuando tuvisteis que huir a Egipto! ¡Pero cuánto también gozásteis teniendo siempre con Vos al mismo Dios, y viendo caer á tierra los idolos de Egipto!

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo, alcanzadnos que, teniendo lejos de nosotros al tirano infernal, y especialmente huyendo de las ocasiones peligrosas, caiga de nuestro corazón todo idolo de afecto terreno,

y ocupados en servir á Jesús y María, para ellos vivamos solamente y muramos felizmente.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

VI

Oh Ángel de la tierra, glorioso San José, que admirásteis ver al Rey del Cielo sujeto á vuestras órdenes, si vuestro consuelo al volverle de Egipto se enturbió con el temor de Arquelac, sin em-

bargo, asegurado por el Angel, habitásteis alegre en Nazaret.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo, alcanzadnos que, libre nuestro corazón de temores nocivos, gocemos de la paz de la conciencia, y viviendo seguros con Jesús y María, ellos nos asistan en nuestra agonía.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

VII

Oh ejemplar de toda

santidad, glorioso San José, perdido que hubisteis sin culpa al Niño Jesús, para mayor dolor hubisteis de buscarlo por tres días, hasta que con sumo júbilo gozásteis de vuestra Vida hallado en el templo entre doctores.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo, os suplicamos de lo íntimo del corazón, que por vuestra intercesión jamás suceda, que nosotros perdamos á Jesús con culpa grave, y que si por des-

gracia le perdiésemos, le busquemos con sumo dolor para hallarlo piadoso, particularmente en nuestra muerte, á fin de que lleguemos á gozarle en el Cielo y á cantar allí, con Vos eternamente sus divinas misericordias.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Antífona.—Jesús contaba ya la edad de treinta años, considerado como hijo de José.

V. Rogad por nosotros, San José.

Rz. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

ORACIÓN

¡Oh Dios, que por una providencia inefable os dignasteis escoger al bienaventurado José para Esposo de vuestra Santísima Madre! Os suplicamos fervorosamente nos concedáis la gracia de que, venerándole en la tierra como á nuestro protector, merezcamos tenerle por intercesor en los cielos. Vos, que siendo Dios, vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.





MEDITACIONES

PARA LOS SIETE DOMINGOS

PRIMER DOMINGO

**Consagrado á honrar los Dolores
y los Gozos de San José con
motivo de la Maternidad de
Maria.**

La santa comunión de este día se ofrecerá para dar gracias á San José por los servicios que prestó á Jesús y María; la indulgencia plenaria se aplicará por las almas del Purgatorio que más amaron á este glorioso Patriarca.

Dígase el acto de Contrición inserto al final del Ejercicio de la Santa Misa.

PUNTO PRIMERO.—
María y José, fieles á su voto de virginidad, vivían como espíritus angélicos en su humilde morada de Nazaret. Sin embargo, Dios había operado en la augusta Virgen la grande obra de su poder y de su amor. El Espíritu Santo había descendido á ella, y el Hijo del Altísimo se había encarnado en sus virginales entrañas. José

ignoraba este misterio. ¡Cuál debió ser su asombro, viendo á su esposa inmaculada hacerse madre por un modo que él no podía explicarse!

El cielo le preserva, no obstante, de que forme la más leve sospecha contra la fidelidad de la Reina de los corazones puros. José, como lo afirma San Agustín, había directamente recibido á María á su salida del templo, y la había conducido de la casa de Dios

á su propia morada; José, según la expresión de San Pedro Crisólogo, era el testigo de su inocencia, el guardián de su pudor y el apologista de su virginidad. José, aunque veía que María iba á ser madre, observaba al mismo tiempo que ella mantenía radiante el destello de la santa virginidad, y que el fruto que llevaba en su seno no había alterado en manera alguna su angelical pudor.

Testigo de la pureza

de los pensamientos de María, de la santidad de sus afecciones, del recato de sus modales, leía en sus miradas la prueba de su inocencia. Por esto, según opinión de San Juan Crisóstomo, José no se fijó en las apariencias; prefirió presumir en María un milagro de la gracia á creer en una debilidad de la naturaleza por parte de una criatura más que angelical.

Además, José era muy versado en las

Santas Escrituras, las que meditaba continuamente; no podía, pues, ignorar que el Mesías debía nacer de una Virgen, y que había llegado el tiempo en que este misterio iba á cumplirse; y como era testigo de la santidad de María, creyó fácilmente que ella sola podía ser la madre del libertador prometido, en atención á ser la más inmaculada y la más santa de las vírgenes.

Quién soy yo, decía

á sí mismo, según el sentir de un gran número de Padres de la Iglesia, quién soy yo para osar retener cerca de mí como esposa mía la Madre de mi Dios? ¡Cuán lejos estoy de ser bastante puro para vivir con tan noble criatura! ¡Ay de mí! ¡Si Oza cayó herido de muerte por haber llevado con demasiada ligereza la mano sobre el arca material del Viejo Testamento, ¿qué me sucederá á mí, si una sola vez fal-

tase á la veneración debida á esta arca viva de la nueva alianza, donde está encerrado el verdadero maná del cielo, y que contiene, no solamente la ley, sino al mismo divino Legislador? Tales eran los sentimientos que llenaban el corazón del humilde José, contemplando á María.

PUNTO SEGUNDO.— En tanto que José es presa de estas ansiedades, el Señor le envía un ángel para tranquilizarle. Las palabras

que le dirige demuestran claramente que la humildad, la desconfianza de sí mismo, el TEMOR REVERENCIAL, que es como el pudor del alma, han motivado la resolución de este santo Patriarca. En efecto, el ángel Gabriel no le acusa, no le reprende; al contrario, le tranquiliza y le anima. No temáis, José, le dice, NOLI TIMERE. Palabras llenas de dulzura, que son como una firmeza dada á la virtud medrosa y timorata. Son

las mismas palabras que el Arcángel había dirigido á María para librarla de la turbación en que la sumió el anuncio de que iba á ser Madre de Dios, aunque hubiese consagrado su virginidad al Señor: NE TIMEAS, MARÍA. Así, la misma frase que sirve para tranquilizar y dar ánimo á María, cuyo pudor virginal y tímido había experimentado una turbación grande, sirve también para calmar y confortar la humil-

dad timorata de José.

Pero, al decirle que no tema, el ángel se sirve de esta fórmula: José, hijo de David; JOSEPH FILI DAVID, NOLI TIMERE. Estas bellas palabras están llenas de misterios, dice San Juan Crisóstomo. Gabriel le llama por su nombre, para inspirarle confianza, recordándole en su origen la promesa que Dios había hecho á David, QUE EL MESÍAS NACERÍA DE SU RAZA; misterio infame que se cumplía en

aquel momento en María, descendiente como él de la tribu de David. San Fulgencio traduce así las palabras del ángel: José, María es vuestra legítima esposa, y el Espíritu Santo es quien os ha hecho don de ella, quien ha obrado en su seno el misterio que os llena de temor santo. Pero este espíritu de amor no quiere romper el casto matrimonio que Él mismo ha formado. Aun cuando haya hecho infinitamente más

precioso el tesoro que os ha dado, no quiere por esto privaros de la dicha de poseerle. Dios, haciendo á María su Madre, no pretende que cese de ser vuestra esposa; al contrario, Él la confía á vuestra piedad, á fin de que protejais su honor, y sustentéis á su divino Hijo.

Las palabras del ángel llenaron el corazón de José de una alegría inefable. Asegurado desde entonces, en forma que ha-

cia imposible la menor duda de la dignidad incomparable de su santa esposa, su gozo fué tan grande, su contento tan perfecto, tan completo, que hubiera podido decir á Dios como el Rey Profeta: «Vuestras consolaciones han regocijado mi alma en proporción de la mitad de mis dolores.» De este modo un solo instante bastóle á Dios para apaciguar esta tempestad que agitaba el espíritu de José, y hacer que renaciera en

él la mas dulce tranquilidad. Esto sucede siempre en casos análogos, cuando el alma está sometida á la voluntad de Dios, como debe estarlo. Por vuestra bondad, Señor, decía el santo varón Tobias, la calma sigue de cerca á la tempestad, y después de la aflicción y las lágrimas derramáis la alegría en los corazones ¡Qué poderoso motivo de paciencia y de conformidad en la voluntad del Señor!

EJEMPLO

He aquí un hecho referido por autores muy graves y dignos de fé, que prueba cuán agradable es á San José la consideración de sus principales dolores y gozos, que es lo que forma la devoción de los SIETE DOMINGOS, y cuán preciosas gracias procura á los que la practican con piedad.

Dos Padres Franciscanos navegaban por las costas de Flandes, cuando se levantó una

horrorosa tempestad, que sumergió el buque con 300 pasajeros que llevaba. La Divina providencia dispuso que estos dos religiosos se amparasen en una de las tablas del buque, sobre la cual se sostuvieron entre la vida y la muerte durante tres días, teniendo siempre debajo de ellos el abismo, que amenazaba tragarlos. Siendo muy devotos de San José, llenos de confianza en su protección poderosa, se encomendaron

á él como á verdadera tabla de salvación, y como á benigna estrella que debía conducirles al puerto. Apenas terminada su plegaria, fueron atendidos: la tempestad cesó, el cielo se puso despejado y sereno, el mar se calmó y la esperanza volvió á tener cabida en el fondo de sus corazones. Pero lo que colmó su alegría fué el presentárseles un joven lleno de gracia y majestad, quien después de haberlos saludado bonda-

dosamente, se ofreció á servirles de piloto, lo que hizo con tal felicidad, que al cabo de poco saltaron ya en tierra. Allí los dos religiosos se arrojaron á los pies de su libertador, y después de haberle declarado con afectuosa palabra su eterno agradecimiento, le rogaron encarecidamente se dignase decirles quién era. «Yo soy José, les respondió; si quereis hacer algo que me sea agradable, no dejéis pasar día sin

rezar devotamente siete veces la oración dominical y la salutación angélica, en memoria de los siete Dolores con que mi alma fué afligida, y en consideración á los siete Gozos con que mi corazón fué consolado en grado eminente durante el tiempo que pasé sobre la tierra, viviendo con Jesús y María.» Dichas estas palabras desapareció, dejándoles llenos de alegría, y penetrados de un sincero deseo de honrar y

servir durante toda la vida á su glorioso protector.

En este suceso tan conmovedor encontramos poderosísimos motivos para admitir la fidelidad de San José, en socorrer prontamente á los que le invocan, y para ensalzar su inefable bondad, que pide tan poco por tan gran beneficio: por un bien tan grande como lo es la conservación de la vida.

Fieles servidores de San José, que quereis

ser agradables á vuestro poderoso protector y servirle según sus deseos, ¿no debéis estimar en mucho esta práctica establecida en su honor después que él mismo ha declarado de una manera formal cuán grata le es? Figuraos que os dice como á aquellos pobres religiosos: Yo soy José en quien debeis poner toda vuestra confianza, tengo el poder y la voluntad de asistirlos en todas vuestras necesidades: Jesucristo, mi

Hijo, y la bienaventurada Virgen María, mi Esposa, nada me rehusarán de lo que les pida por vosotros; honrad con amor la memoria de mis Dolores y de mis Gozos, y experimentaréis infaliblemente los saludables efectos de mi ayuda en medio del borrascoso mar del mundo en que vivís, y en el que sois continuamente asaltados por mil tentaciones ó por toda suerte de pruebas.

Piadosos devotos de

San José, aceptad esta promesa; y estad seguros que el mejor medio de alcanzar los favores de este gran santo es, como él mismo lo ha declarado terminantemente, tomar parte en sus Dolores y en sus Gozos, rezando con esta intención las oraciones aprobadas y enriquecidas de indulgencias por los Sumos Pontífices. Los sentimientos, que llenarán vuestro corazón meditando estos tiernos misterios serán uno de

los más poderosos testimonios de amor que podeis tributar á San José, y le inclinarán infaliblemente á protegeros durante vuestra vida y sobre todo en la hora de la muerte.

Ahora se rezarán los siete Dolores y los siete Gozos.





SEGUNDO DOMINGO

**Consagrado á honrar los Dolores
y los Gozos de San José en el
Nacimiento del Hijo de Dios en
un establo.**

La santa comunión de este día se ofrecerá para dar gracias á San José por los favores que nos ha alcanzado con su poderosa intercesión; la indulgencia plenaria se aplicará por las almas del Purgatorio que tuvieron devoción especial á la Santa Familia.

Dígase el Acto de Contrición inserto al final del ejercicio de la Santa Misa.

PUNTO PRIMERO.—El

momento en que la augusta Virgen Maria va á dar al mundo el Mesías prometido desde tantos siglos, ha llegado. Es en vano que José pida para su angelical Esposa un asilo á los habitantes de Belén; solo recibe negativas y desdenes. Así es como se cumple á la letra el pasaje del Evangelio: «El Hijo de Dios ha venido en medio de los suyos, y estos se han negado á recibirle.» José vése precisado á guarecerse

en un establo abandonado; allí es donde quiere nacer el Hijo del Eterno, para morar entre los hombres.

¡Qué dolor tan intenso para el corazón de José, viendo al divino Niño asimilado á los animales, echado como ellos sobre un poco de paja húmeda y fría en la estación más rigurosa del año! ¡Cómo resonaría hasta en lo más íntimo de sus entrañas de padre el primer lamento del Salvador ocasionado por

sussufrimientos!; Cuán dulces y amargas á un mismo tiempo fueron las lágrimas que mezcló á las que el Niño Dios derramaba ya por nuestras faltas!

PUNTO SEGUNDO.— José, prosternado. con la frente en el polvo, adora al recién nacido como á su Dios; le reconoce á pesar de sus anonadamientos y su debilidad por el Creador del cielo y de la tierra, por el Salvador y el redentor del mundo; le ofrece su cora-

zón, sus fuerzas, su vida entera y le da mil gracias por haberle escogido entre todos para servirle de padre.

Y, para colmo de su alegría, María le presenta el divino Niño que Dios confía á su ternura; José le recibe de rodillas; le estrecha con tanto respeto como amor sobre su corazón; le baña de lágrimas; le cubre de besos; le ofrece al Padre Eterno como rescate de su pueblo, esperanza y alegría de Israel; y lo

deposita de nuevo en los brazos de su divina Madre, como el único altar bastante puro para recibirle. ¡Oh cuán feliz se considera el humilde hijo de David, á pesar de su indigencia! ¡Cómo olvida las fatigas y las angustias de la víspera, cuando oye á los ángeles celebrar con cánticos armoniosos el nacimiento de aquél que él podía llamar su hijo! Más rico que todos sus antepasados en medio de sus privaciones, posee el

más precioso tesoro del cielo: ante su gloria se eclipsa toda la de su regia extirpe. Él podía contemplar con sus ojos, estrechar contra su corazón al Emmanuel que David saludaba de lejos en sus proféticos acentos como su Señor y su Dios; iba á pasar su vida con aquel de quien sus antepasados habían deseado con tanto ardor ver la aparición ¿Qué gloria no queda eclipsada en presencia de esta gloria? ¿Qué dicha

no desaparece ante esta felicidad?

Así es como Dios forma en el corazón tan puro de José una inefable mezcla de alegría y de pena, de gozo y de dolor; pero el dolor no turba su gozo, y la alegría nada quita á la amargura de su pena, porque la una y la otra proceden de un mismo principio, y el amor que le hace gozar, le hace también padecer.

EJEMPLO

La priora de un convento de religiosas escribe el siguiente caso:

«Una de nuestras hermanas religiosas, de edad de veintiocho años, que había gozado siempre de cabal salud, fué atacada hace ocho meses de un mal á la garganta, que le hizo perder enteramente la voz, extendiéndosele muy luego hasta el estómago. Una opresión continua y pesada, dolores violentos en el

pecho y en las espaldas, una suma debilidad: todo esto demostró ser una enfermedad de pecho, el mal de nuestra hermana, el cual declararon los médicos que no tenía remedio. No desconfiamos por eso; acudimos á San José, y poniendo en él toda nuestra confianza, le consagramos repetidas novenas sin que se advirtiera ninguna mejoría en la pobre paciente. Como estaba tan débil que no podía andar, llevamos en procesión á

la enfermería la venerable imagen de San José, acompañándola con cirios encendidos; y allí empezamos la devoción de los SIETE DOMINGOS, tan agradable al poderoso San José, para que nos obtuviese la curación que tanto deseábamos. Durante la séptima semana, la enferma sufrió mucho: estaba triste, y nosotras también, porque fundadamente temíamos que muy pronto nos dejaría. No obstante, el domingo

siguiente mostró deseos de ir al coro para asistir á la bendición del Santísimo, lo que efectuó con mucho trabajo, sostenida por nosotras, y llegando allí sin poder respirar. En el acto de la bendición quiso seguir á las otras religiosas en el canto de un himno, lo que hizo con voz apagada. Este era el momento escogido por el esposo de María para demostrarnos su poderosa protección. Encontré á la enferma que

salía del coro, y toda conmovida, me dijo: «Puedo hablar en voz clara»; y volviendo al coro con nosotras, se puso á rezar con fuerte acento unas letanias á San José.

Todas estábamos á su alrededor pasmadas, escuchando aquella voz que ocho meses hacía no habíamos oído, y dirigíamos mil preguntas á nuestra querida hermana, admirando en ella los dichos efectos de la protección de nuestro

amado Padre. Libre de toda opresión, no hallaba palabras para expresarnos lo que ella sentía, y desde entonces, vuelta á su estado normal, practica todos los actos de Comunidad.»

Récense los Dolores y Gozos con los Padre-nuestros.





TERCER DOMINGO

**Consagrado á honrar los Dolores
y los Gozos de San José en la
Circuncisión del Niño Jesús.**

Al prepararnos para recibir á Jesús Sacramentado, saludad á San José, y pedidle su bendición. Al comulgar, esforzáos en entrar en sus santas disposiciones cuando vió correr la sangre del Salvador; y ofreced la comunión por la conversión de los enemigos de la Iglesia. Aplicad la indulgencia por las almas que tuvieron mucha devoción á la preciosa sangre de Jesucristo.

Dígase el Acto de Contrición inserto al final del ejercicio de la Santa Misa.

PUNTO PRIMERO. — El Mesías que venía para dar cumplimiento á toda ley, quiso por humildad someterse á la ceremonia tan dolorosa de la Circuncisión; José, según la opinión de muchos doctores, fué su ministro. ¡Cuánto debió costarle á su corazón ejecutar él mismo esta ceremonia! Es cierto que todos los israelitas veían á sus hijos sometidos á la misma ley; más, por grande que fuese el amor que les profesaba-

ban, no podía compararse al que José sentía por Jesús, á quien amaba como á su hijo y como á su Dios. Por otra parte, este santo Patriarca sabía perfectamente que, bajo las debilidades de la infancia, el Salvador gozaba de la plenitud de su razón; que se sometía voluntariamente á todo lo que de Él se exigía; que sentía á la vez el deseo y el temor del sufrimiento, y que esta operación sangrienta no era para Él sino

el preludio y como el ensayo de los suplicios que le estaban reservados en el Calvario. Los gritos del divino Niño, las angustias de su pobre Madre, desgarraban el corazón de José: sin embargo, lleno de un valor sobrenatural y de una fé más admirable que la de Abraham, el augusto Esposo de María, penetrando los designios de su divino Hijo, ofrece al Padre Eterno la preciosa sangre que acababa de ser derra-

mada por nuestra salud, y de la cual una sola gota hubiera bastado para rescatar mil mundos.

PUNTO SEGUNDO.— José, al terminar su sublime ministerio, dió al Hijo de Dios el nombre adorable de Jesús, según la orden que había recibido del cielo mismo. ¿Quién podrá expresar con qué confianza, con qué amor pronunció José el primero este nombre de salud, dado á nuestro divino libertador? Este

nombre de Jesús, que debía ser nuestro consuelo en la peregrinación de esta vida, y nuestra esperanza al llegar la hora de la muerte. Este nombre adorable, que José se complacía en invocar con frecuencia, era más dulce á su boca que exquisita miel, más suave á su oído que arroba-dora melodía.

El nombre de Jesús debe ser el principio y el fin de todas nuestras acciones: el principio por la invocación fre-

cuenta y piadosa de este nombre adorable; el fin, porque no debemos poner la mira en otro bien, en otro objeto que su gloria.

Fieles servidores del mejor de los amos, á ejemplo de San José, complaceos en repetir este nombre, que es superior á todo nombre; y recibireis alivio en vuestras penas, consuelo en vuestras aflicciones. Como José, invocad el nombre de Jesús con fe en su poder, con confianza en

su amor, porque el salvador mismo nos ha dicho: «Todo lo que pidierais á mi Padre en mi nombre, os será concedido.» (JOAN, 14). Decidle como aquél hombre privado de la vista: «Jesús, hijo de David, tened piedad de mí.» ó como los diez leprosos: «Jesús nuestro dueño, tened piedad de nosotros»; y experimentareis bien pronto su favor y ayuda. Acordáos que era en nombre de Jesús como los Apóstoles

obraban milagros. «En nombre de Jesús levántate y anda», dijo San Pedro al paralítico.

En las tentaciones que el demonio os suscite, invocad el Santo nombre de Jesús, nombre poderoso en el infierno, puesto que espanta á todos los demonios. Este nombre sagrado hace temblar á los ángeles rebeldes, porque les recuerda á Aquel cuyo poder destruyó el imperio que tenían sobre los hombres.

¡Oh nombre sagrado de Jesús! Verdaderamente eres un ACEITE DERRAMADO para curar nuestras llagas y comunicar la salud á nuestras almas; porque ¿quién puede pensar en este nombre divino sin representarse al mismo tiempo el modelo perfecto y el conjunto de todas las virtudes en el más eminente grado en la persona de Jesús? Poned, pues, vuestro santo nombre en nuestros espíritus, en nuestros corazones y en

nuestros labios, Señor Jesús, y concedednos por este nombre la gracia y fuerza de imitaros y aprender de Vos, no á crear nuevos mundos, sino á obedecer, á sufrir y á humillarnos.

EJEMPLO

Una distinguida señora de Bélgica escribió con fecha 29 de Enero de 1866, á una amiga suya participándole el favor que acababa de recibir de San José.

Una persona ya entrada en años, por la cual se interesaba mucho, vivía en un completo olvido de sus deberes religiosos, de suerte que hacía más de treinta y cinco años que no había recibido ningún Sacramento ni practicado acto alguno de devoción. Ni las instancias reiteradas de varios amigos influyentes, ni los avisos providenciales enviados á esa oveja descarriada, fueron bastante para ablandar su corazón

empedernido. Cayó enfermo ese infeliz, y púsose de cuidado; entonces fué cuando la caritativa señora, alarmada por el estado crítico de su querido anciano, buscaba medio para que no se perdiese aquella alma que tanto había costado al divino Redentor, y acordándose del grande poder del patriarca San José (de quien era muy devota) para socorro de los moribundos, le suplicó que viniese en su ayuda y llena de fervor

le prometió hacer la devoción de los SIETE DOMINGOS en memoria de sus Dolores y Gozos, esperando le alcanzase la conversión del enfermo, que ella tanto deseaba. ¡Cosa admirable! Ya en el primer Domingo San José empezó su obra; fué un sacerdote á visitar al enfermo; este le recibió muy bien; le insinuó que quería confesarse; hizo una confesión entera y muy dolorosa, y pidió le administrasen los demás

sacramentos al día siguiente. A pesar de su extrema debilidad, el buen anciano recibió de rodillas en la cama á su Dios, á quien había olvidado por tan largo tiempo, y desde entonces no cesó de demostrar la alegría de que estaba llena su alma. Había perdido la fé, pero la recobró, y con ella una eterna gloria. ¡Ojalá este nuevo favor, obtenido por medio de la devoción de los SIETE DOMINGOS, mueva á otras buenas

almas á practicarla para conseguir la conversión de aquellas personas por las cuales se interesan.

Récense los Dolores y Gozos con los Padre-nuestros y Ave Marías.





CUARTO DOMINGO

**Consagrado á honrar los Dolores
y los Gozos de San José en el
misterio de la Presentación del
Niño Jesús en el templo.**

Unidos al sacerdote en la Santa Misa, ofrezcad al Eterno Padre en la Sagrada Comunión al Niño Jesús con las disposiciones que lo hizo San José; aplicad la indulgencia plenaria en sufragio de las benditas ánimas del Purgatorio, que fueron especiales devotas de San José y contribuyeron á extender la devoción del mismo santo Patriarca.

Dígase el Acto de Contrición inserto al final del ejercicio de la Santa Misa.

PUNTO PRIMERO.—El Padre Eterno, al escoger á José para reemplazarle cerca de su Hijo único, le había comunicado el amor que arde en él por este bien Amado, EN QUIEN HA PUESTO TODAS SUS COMPLACENCIAS. José tenía para Jesús un corazón de padre, y fué un dolor inmenso cuando oyó al santo anciano Simeón anunciar á su divina Madre que este amado Niño, fruto bendito de sus virginales entrañas, se-

ría un signo de enemistad, de odio y de venganza. La Pasión del Salvador, tal como había sido predicha por los Profetas, se presentó toda entera con sus circunstancias las más lúgubres al corazón de José, sumido en un mar de amargura.

La voz lamentable de los Profetas de Israel, repitiendo uno á otro todos los dolores del Hijo del hombre, resonó en el corazón de José; su amor de padre prestaba colores más

vivos aún al cuadro tan completo de los padecimientos y de las humillaciones reservadas á Cristo. En adelante Jesús no será ya para José sino un objeto de dolor; todas las alegrías que le dará serán mezcladas de amargura. A cada tierna mirada que el Salvador dirigirá sobre él, vendrá luego á unirse la dolorosa visión de sus ojos divinos, velados por las sombras de la muerte.

Cuando Abraham,

para obedecer á Dios, le hizo el sacrificio de su hijo único, tuvo cuidado de ocultar á Sara la orden que había recibido del Cielo. Los gemidos de la madre de Isaac, su desesperación á la vista de la inmola-
ción del hijo de sus entrañas, hubieran hecho mil veces más intenso el dolor del Patriarca, y tal vez habrían detenido su brazo. Dios no quiso someterle á esta ruda prueba. El Señor, que conocía la generosidad de José, le trató

con menos indulgen-
cia. ¿Quién podrá ex-
presar lo que pasó en
su corazón sensible,
cuando oyó á Simeón
anunciar á María QUE
SU ALMA DE MADRE SE-
RÍA TRASPASADA CON
UNA ESPADA DE DOLOR?
De más edad que su
augusta Esposa, se
creía morir él primero,
y que María sobrevi-
viría á su divino Hijo
llevando sola el peso de
su dolor, inmenso como
un mar sin fondo y sin
playa. ¿Cuál es el hom-
bre, exclama la Santa

Iglesia en sus patéticas lamentaciones, cuál es el hombre que no lloraría á la vista de una pobre madre abrumada de tantas desgracias? Comprended después de esto si os es posible la aflicción de José al pensar en las terribles pruebas reservadas á María, que estaba unida á él con tan puros y tan estrechos lazos.

El porvenir le desarrollaba todos los misterios de iniquidad que encerraba en sus profundidades. José veía á

los impíos convertidos en enemigos de su Hijo y de su Esposa inmaculada, trabajando incessantemente para destruir la obra de la Redención, negando la divinidad de Jesucristo y rechazando la maternidad divina de María. Así se cumplía tristemente ante sus ojos la RUINA DE MUCHOS pronosticada por Simeón.

Este porvenir de ingratiitudes y de abominaciones desgarraba el corazón compasivo de José.

PUNTO SEGUNDO.—
Él no hubiera resistido á esta aflicción profunda, si Dios, para aligerar el peso de su dolor, no le hubiese hecho entrever también esas multitudes innumerables de todas las acciones que debían servir á Jesús y á María y encontrar en su amor la felicidad en este mundo y una resurrección gloriosa al fin de los tiempos; POSITUS EST HIC IN RESURRECTIONEM MULTORUM IN ISRAEL. Sería necesario

amar á Jesús como José; poder apreciar como él el valor de las almas rescatadas con la muerte del divino Hijo, para comprender cuánto esta esperanza endulzaba su sacrificio y llenaba su corazón de consuelo. Jesús será amado: María, su santa Madre, recibirá los homenajes de los corazones más nobles y más puros: en todas partes les levantarán altares, y hasta la consumación de los siglos. Dios suscitará almas generosas,

dispuestas á sacrificar mil veces su vida y sus más caros intereses antes de renunciar á la dicha de servirles y de hacerles conocer y amar de todos. ¡Oh! me parece oír á José exclamar en los transportes de su amor. «¡Oh almas bien amadas, que habéis costado la sangre de mi salvador! rendíos á mis ardientes deseos: venid á abrazar á este Dios inmolado, que yo amo y adoro; venid á alistaros bajo su estandarte glorioso. Para

aseguraros este favor de concierto con María, mi Esposa inmaculada, he hecho al Señor el sacrificio de su Hijo único. Pero, si yo puedo ganar vuestras almas, si yo puedo llevarlas al cielo, mis sufrimientos y mis sacrificios se convertirán en un manantial de alegría y de felicidad.»

EJEMPLO

Una hija de María, sintiéndose llamada desde su tierna edad á

tomar el hábito en un instituto de caridad, al llegar á los diecisiete años empezó el noviciado en uno de ellos con un fervor tal, que desempeñó á satisfacción de sus superiores todos los encargos que se le confiaron. Al cabo de doce años, engañada por UNA ILUSIÓN DEL ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS TRANSFORMADO EN ÁNGEL DE LUZ, como ella misma confesó después, se le puso en la cabeza que Dios le pedía el sacrificio de su voca-

ción, y que debía entrar en un convento de clausura: así es que se separó del camino que Dios la había colocado para seguir el á que se creía llamada. Dado el primer paso, ya se vió perdida; y, aunque procuraba perseverar en su nueva vocación y hacer frente á los remordimientos que la perseguían por no haber querido obedecer á sus superiores, todo era en vano: jamás estaba tranquila; de lo que resultó ir debilitándose

en sus fuerzas físicas y morales, viéndose por fin obligada á volver al seno de su familia. Allí, á pesar de prodigársele los más afectuosos cuidados á fin de que se quedase en el mundo, jamás en su interior sentía satisfacción alguna, suspirando continuamente por su vocación primera. Cinco meses transcurrieron sin que pudiese obtener un despacho favorable de sus antiguos superiores á las solicitudes que les presen-

taba. Súplicas, novenas, ayunos, mortificaciones: de todo se valió para aplacar al buen Dios, que se mostraba inflexible. Pareciendo que no podría jamás volver al primer convento, se le facilitó la entrada á otro, pero su alma no podía encontrar reposo en ninguna parte, acordándose de su falta. «Mi vocación primera, exclamaba, será siempre un fiscal que me reprochará mi infidelidad.» Una amiga suya, confi-

dente de sus penas, le aconsejó recurriera á San José, poniéndose bajo su patrocinio, y que hiciese la devoción de los Siete Domingos. Aceptó el consejo: invocó de corazón al poderoso Patriarca; le representó los derechos que tenía á su protección, ya por llevar su nombre, ya por ser hija de su divina Esposa, la Virgen Inmaculada; puso su suerte entre sus manos, y en el fervor de una confianza sencilla fijó

el mes de Marzo como término de tantas penas. Durante seis semanas no cesó de rogar al Consolador de las almas afligidas, y el 17 de dicho mes, por una disposición patente de la Divina Providencia, se encontró con su superior, quien afectado de su situación y arrepentimiento, la admitió de nuevo en la Comunidad, con la condición de empezar otro noviciado. El día 19, fiesta de San José, volvió á vestir el santo

hábito de su vocación con una alegría increíble y una satisfacción imposible de explicar.

¡Cuán necesario es averiguar lo que Dios pide de nosotros y, una vez conocido, no desistir por ningún estilo de lo comenzado!

Récense los Dolores y Gozos con los Padre-nuestros y Ave Marías.





QUINTO DOMINGO

**Consagrado á honrar los Dolores
y los Gozos de San José en la
huida á Egipto.**

Examinad seriamente, en presencia de Dios, si en vuestro corazón hay algún ídolo que ocupe el lugar de Jesús; y rogad á San José que os ayude á echarlo lejos, ofreciendo la comunión á este fin. Aplicad la indulgencia por el descanso eterno de los misioneros difuntos que han llevado el culto de San José á los países infieles.

Dígase el Acto de Contrición inserto al final del ejercicio de la Santa Misa.

PUNTO PRIMERO.—

La predicción del santo anciano Simeón no tardó en cumplirse. Apenas habían transcurrido algunos días después de la presentación del Salvador al templo, cuando San José recibe de boca de un ángel la orden de huir á Egipto para sustraer el divino niño al furor de Herodes. Era la estación más rigurosa: el viaje largo y lleno de peligros: VIAM SILVESTREM OBSCERAM ET INHABITATAM, dice San Buenaventura. La po-

breza de José y el peligro del menor retardo no le permitieron procurarse las cosas más indispensables. María entonces contaba la edad de unos dieciseis años, y Jesús algunas semanas. ¡Solo Dios sabe lo que tuvieron que sufrir durante este largo y penoso viaje! «¿Por qué no nos es dado, exclama el piadoso Ludolfo de Sajonia, penetrar el profundo silencio de la Escritura, y conocer detalladamente las pri-

vaciones de la Santa Familia? Tal vez descubriríamos, para consuelo de los indigentes, que con frecuencia carecían de un bocado de pan para matar el hambre, y de un poco de agua para apagar la sed.»

Después de dos meses de un largo y penoso viaje, los augustos peregrinos llegan por fin á la tierra del desierto. ¡Qué suplicio para el corazón de José, tan encendido de amor por Jesús, el te-

ner que habitar en un pueblo infiel, que miraba con desprecio á los israelitas y prodigaba á viles criaturas los homenajes y las adoraciones debidas tan solo al verdadero Dios! Y luego ¡qué dolor tan intenso para el hijo de David, al ver á su pueblo, ese pueblo en el que reinaron sus antepasados, privado de repente de este tesoro, por el cual había tanto tiempo suspirado.

PUNTO SEGUNDO.—

Sin embargo, el Señor procuró á su siervo un gran consuelo. Apenas el Niño Jesús hubo penetrado en tierra de Egipto, los demonios, adorados desde tantos siglos en aquél país infiel, sintieron la presencia del que venía á destruir su imperio. Sobrecogidos de espanto huyeron en presencia del Hijo de Maria, cuya omnipotente virtud les hacía presentir al Hijo del Eterno. Los oráculos enmudecieron, los dioses guarda-

ron un silencio forzado, y sus vanos simulacros, vacilando en sus altares de mármol ó de oro, cayeron hechos pedazos sobre el pavimento del templo, rindiendo homenaje al verdadero Dios, á quien solo son debidas las adoraciones que á ellos se tributaban.

José experimentó también durante su estancia en Egipto una alegría muy grande para su corazón, cuando oyó al Verbo encarnado pronunciar su

primera palabra. ¡Ah! ¡quién podrá expresar lo que pasó en su alma al oír á Jesús llamarle su padre, acompañando este dulce nombre de tiernas caricias, que por parte de Jesús eran favores divinos, testimonios razonados, no solamente del amor de un niño para con su padre, sino del amor de un Dios para con el más santo y el más puro de todos los hombres! Tal vez á esta primera palabra del Verbo fué unida esa gracia pode-

rosa que pobló el Egipto de santos, y que hizo de aquellos desiertos una escuela de virtud, donde las almas de elección fueron á ponerse al abrigo de las persecuciones de los tiranos y de la corrupción del mundo.

EJEMPLO

Un miembro de la sociedad de San Vicente de Paul escribe lo siguiente:

«En el decurso del año 1857, yo estaba

encargado de visitar, en nombre de la Conferencia de San Vicente de Paul de nuestra ciudad, á una pobre familia compuesta de padre, madre y cinco niños. El padre se hallaba enfermo en el hospital: el más pequeño de los niños padecía también una enfermedad gravísima, cuyos progresos hacían presagiar una muerte próxima. Tenía el semblante pálido, demacrado, descompuesto, y su estado general de con-

sunción era tan extraordinario, que bien podía decirse que el pobre niño, más que persona humana, parecía un esqueleto vivo. El médico, al ver aquella situación extrema, hubo de decir á la buena mujer estas palabras, tan tristes como dolorosas para una madre: «Vuestro hijo va á morir: es inútil prescribir remedios; su curación es imposible». Lo que es imposible al hombre no lo es á Dios.

La desconsolada ma-

dre, al oír el pronóstico del médico, se puso á llorar; pero de repente un destello de esperanza vino á iluminar su espíritu, y volvió á infundirle un poco de valor. Acordóse de que yo había dado á uno de sus hijos, algunas semanas antes, un opúsculo intitulado DEVOCIÓN DE LOS SIETE DOMINGOS, consagrados á San José. Este pequeño libro ella lo había leído y releído ya varias veces: los rasgos de protección de San

José que contenía, acudieron á su memoria. Sintióse súbitamente animada de la más viva confianza, y dirigiéndose á sus hijos, les dijo que era necesario empezar desde luego una novena á San José para pedirle la curación de Pablo (este era el nombre del niño enfermo). San José no hizo esperar mucho tiempo la curación solicitada por medio de súplicas y oraciones, tan llenas de confianza en él. Al fin de la novena, el

niño enfermo empezó á recobrar las perdidas fuerzas y el apetito, siguiendo siempre en mejoría, de tal suerte, que al cabo de quince días, ó de tres semanas á lo más, su curación fué completa. Actualmente este niño continúa en perfecto estado de salud, y es notable su robustez. Apenas cuenta la edad de cinco años. y acaba de entrar en la escuela de los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Esto tuvo lugar el día de

Pascua del año 1858, y todo anuncia en el niño una inteligencia precoz.

Récense los Dolores y Gozos con los Padre-nuestros y Ave Marías.





SEXTO DOMINGO

**Consagrado á honrar los Dolores
y los Gozos de San José á su
vuelta de Egipto.**

Rogad á San José por las necesidades del Soberano Pontífice y de la Iglesia, y ofreced la comunión á este intento. Aplicad el fruto de la indulgencia á los que llevan el nombre de San José.

Dígase el Acto de contrición inserto al final del ejercicio de la Santa misa.

PUNTO PRIMERO.—
La residencia de la Santa Familia en Egipto duró siete años. Extranjeros, pobres, fal-

tos de todo socorro, viéndose en medio de un pueblo idólatra, que ignoraba las primeras nociones de la caridad, Jesús, María y José tuvieron que sufrir muy duras privaciones.

Sin embargo, nuestro santo Patriarca, resignado á la voluntad del cielo, se consolaba viendo al divino Niño crecer en presencia de Dios y de los hombres. Tal vez mitigaría las penas de su acongojado corazón exclamando con el Profeta: «Los

reyes de la tierra se han levantado, y los príncipes han conspirado juntos contra el Señor y contra su Cristo. Aquél que vive en los cielos se reirá de ellos y el Señor se burlará.»

Mas el Señor, fiel á su promesa, envía de nuevo su ángel á José para anunciar que el cruel Herodes habia muerto miserablemente, y que puede sin temor habitar en tierra de Israel. A esta nueva tan consoladora sucedió repentinamente

una inquietud más grave todavía, y que turbó por un momento su felicidad: temió ir á Judea, donde reinaba Arquelaos, hijo de Herodes, cruel y sanguinario como su padre. No quiso exponer á Jesús á una nueva persecución. El cielo aprobó su prudencia, y le inspiró ir á Galilea y habitar en Nazareth. Así es como las almas piadosas que tienen una gran delicadeza de conciencia, temen todos los días la des-

gracia de perder á Jesús.

PUNTO SEGUNDO.—
Alentado José por las inspiraciones del cielo dilató su corazón en acción de gracias y valiéndose quizá de las palabras de David, su abuelo, repitió con María el salmo de la restauración ó libertad del pueblo de Israel:
IN EXITU ISRAEL DE AEGYPTO.

¡Qué consuelo para los desterrados el regresar á su amada patria, recorrer de nuevo

aquellos lugares llenos de piadosos recuerdos, en que pasaron los más hermosos años de su vida. José era feliz volviendo á ver aquella tierra de bendición, santificada por el nacimiento, las lágrimas y la sangre del Verbo hecho carne. ¡Cómo lo tardaba el ir á prosternarse en el templo del Señor, para ofrecerle un justo tributo de alabanza y acción de gracias!

Pero Jesús era aún demasiado joven para

todo el viaje á pié, y por otra parte, como había crecido su peso era superior á las fuerzas de su pobre Madre: así es de creer que José lo llevaría la mayor parte del camino; no obstante, la alegría del regreso á Nazareth y el amor que profesaba al divino Niño le harían su peso dulce y ligero. He aquí el medio de encontrar dulce lo más amargo: hacerlo todo por amor á Dios.

EJEMPLO

En un convento de la ciudad de Falalen, provincia de Namur, en Bélgica, había una religiosa inglesa que tenía muchas sobrinas protestantes. Una de ellas fué á visitarla, y al verla su tía tan cariñosa y humilde, pidió á sus amigas rogasen por su sobrina, á fin de que Dios le concediese la gracia de hacerse católica. Al despedirse le hizo algunas advertencias; más, vuelta á

Inglaterra, no se acordó ya de lo que su tía le había dicho. Sin embargo, la buena religiosa no dejaba de rogar á San José por la conversión de su sobrina, instando á las demás religiosas que la ayudásen á alcanzar aquella gracia, á cuyo fin éstas, juntamente con las niñas de las clases, empezaron la devoción de los SIETE DOMINGOS, en seguida una novena, y después otra hasta poder conseguir la gracia que

tanto anhelaba. El corazón del bondadoso Patriarca no pudo resistir á tantas súplicas. Aquella señorita sintióse como impulsada de volver á Bélgica para visitar á su tía: pidió permiso á su madre, y ésta se lo concedió. Todas las religiosas al verla, quedaron admiradas, y reconocieron en ello la mediación de San José. La inglesita parecía toda desconcertada, sin saber lo que le pasaba y dijo á las religiosas

que sólo había venido para ver á su tía. Se empezó de nuevo la devoción de los SIETE DOMINGOS con la resolución de hacer violencia al corazón de Dios por medio del santo Patrono de la Bélgica, el virginal Esposo de María, á fin de salvar un alma. Al cabo de cinco semanas volvió á ver á su tía, pero continuaba triste y pensativa, sin fijeza en sus ideas; y creyéndose enferma sin estarlo, resolvió marcharse. Las

religiosas, al entrar en las clases dijeron á las niñas: «Vuestras súplicas tienen poco valimiento, pues que la inglesita se marcha protestante.» Setenta y tres voces pueriles respondieron acordes: «Sí, sí, ella será bautizada; San José bendecirá nuestros esfuerzos.» Al día siguiente empezóse una novena con mucho fervor, la cual debía concluir el mismo día que los SIETE DOMINGOS. El lunes vino la joven á despedirse de

su tía y de las demás religiosas, pero en su interior había un combate entre la gracia y la herejía, que no la dejaba un momento de reposo: por fin venció la gracia; y, no pudiendo resistir más á sus impulsos, se presenta otra vez á su tía, diciéndole que quería volver á la fe de sus antepasados. Al decir esto, se leía en su rostro la alegría de que estaba poseída. El domingo 26 de Enero de 1868 concluían los SIE-

TE DOMINGOS y la novena, y el Viernes anterior recibía la iglesita el santo Bautismo. ¡Gloria sea dada á Dios, que, por intercesión de San José, acogió aquella oveja separada del buen Pastor; y premió la fe y confianza de aquellas buenas religiosas y sencillas niñas.

Récense los Dolores y Gozos con los Padre-nuestros y Ave Marías.





SÉPTIMO DOMINGO

Consagrado á honrar los Dolores y los Gozos de San José cuando después de haber perdido á Jesús lo encontró en el templo.

En la Comunión consagraos á San José, y proponeos hacer todos los años esta devoción de los SIETE DOMINGOS. Aplicad el fruto de la indulgencia á las almas del Purgatorio que han sido fieles en practicarla.

Dígase el Acto de Contrición inserto al final del ejercicio de la Santa Misa.

PUNTO PRIMERO. —
¡Quién puede formarse una idea del acerbo do-

lor que sintió el corazón de José cuando, al regresar del templo de Jerusalén, se apercibió de que Jesús, que él creía con su madre, los había dejado! En su profundísima humildad este Santo Patriarca se acusaba de esta pérdida y se reprochaba amargamente esta desgracia. La excesiva aflicción de María aumenta aún más la suya, y, sin un milagro de la Providencia, él no hubiera resistido á esta cruel prueba. Mil temo-

res se unian á sus angustias y se decia de continuo: «¿Qué habrá sido de mi querido Niño? ¿quién le habrá acogido durante la noche? ¿no estará sufriendo las más penosas privaciones? ¡Ah! sin duda Él sufre, tiene hambre, está sin abrigo: talvez poco satisfecho de mis servicios, ha ido á juntarse en el desierto con Juan, su precursor.» Origenes, en su Homilia de la Octava de la Epifania, asegura que San José en esta

ocasión sufrió más que todos los mártires. Pero ¡oh prodigio de Santidad, de prudencia, fortaleza y de perfección! En una pena tan inaudita, en una aflicción tan extrema, José no murmura ni se queja: no pierde la paz del alma, y ningún movimiento de impaciencia y de tristeza desordenada viene á turbar su espíritu. El divino Maestro, movido de tanta virtud, queriendo recompensar á José, que tan ardiente y tan

puro amor sentía por Él, le inspiró que fuese á buscarle en el templo con María.

PUNTO SEGUNDO.— Grande, inmensa fué la alegría que experimentó José al encontrar al divino Hijo; no se cansaba de contemplar sus facciones adorables con una ternura que le hacía derramar abundantes lágrimas. Él repetía con David, su ascendiente: «Vos habéis trocado mi duelo en gozo, y cubierto mi corazón de alegría.»

Aprendamos de este santo Patriarca á mirar la pérdida de Jesús como el más grande de todos los males; y después de haber compartido con él la pena extrema que sintió en aquella circunstancia, participemos de su alegría y de su felicidad por haber encontrado á Jesús, su tesoro, su amor y su vida.

¡Glorioso san José!, si yo fuera bastante desgraciado para perder á Jesús por culpa mía, haced, os lo ruego

encarecidamente, que le busque con tanto fervor como Vos, á fin de que, habiéndome reconciliado con El por una sincera penitencia, le conserve en el tiempo y en la eternidad.

EJEMPLO

El siguiente ejemplo podrá servir de norma á los que han de tomar estado de matrimonio, mayormente en nuestros días, en que solo se atiende á los intereses y á las cualidades

exteriores, cuando de su acierto dependen el bienestar en la presente vida y la salvación eterna.

Un joven noble, hijo de padres virtuosos que nada omitieron para formarle un corazón sólidamente piadoso, después de haber rogado mucho á Dios para conocer bien su vocación, se persuadió de que no era llamado al sacerdocio. No obstante, continuó haciendo con mucho fervor sus devociones particu-

lares, confesando y comulgando cada semana y siendo exacto en todas estas santas prácticas. Aunque pertenecía á una distinguida familia relacionada con la alta sociedad, se apartó siempre de aquellas diversiones peligrosas, en las que muchos jóvenes atolondrados comprometen su porvenir tomando por compañera á una joven, prendado de sus dotes exteriores, tan fáciles de perder. Bien convencido de que los

buenos MATRIMONIOS ESTÁN YA ESCRITOS EN EL CIELO, este excelente joven no se olvidaba cada día de rogar á San José que le hiciese encontrar una compañera de una piedad sólida y á prueba de las seducciones del siglo. Cierta día, con motivo de una buena obra que llevaba entre manos, tuvo que avistarse con una respetable señora, que con sus dos hijas vivía muy cristianamente. Al verlas experimentó cierto presentimiento de ser

una de aquellas dos jóvenes la destinada por Dios para compartir con ella su suerte; en su consecuencia, la pidió á su madre, la cual, constándole las buenas prendas que adornaban á aquel joven, dió gustosa su consentimiento. La señorita confesó después sencillamente que ella desde mucho tiempo hacía la misma súplica, y que, al entrar aquél joven, presintió á la vez que Dios se lo enviaba para su apoyo.

Pero fué el caso que, repugnándole muchísimo al padre de la señorita tener que desprenderse de su hija, é interponiendo toda clase de obstáculos, para vencerlos y conocer la voluntad de Dios en asunto de tanta trascendencia, determinaron todos empezar la devoción de los SIETE DOMINGOS en honor de San José, á último de Mayo de 1863. El favor de este glorioso Patriarca no se hizo esperar, pues en el si-

guiente Agosto se celebró el casamiento con grande contento de ambas partes: lo que prueba que el cielo se complace en bendecir aquellos desposorios para cuyo acierto se ha pedido su luz y su gracia, en especial si ha mediado la eficaz intercesión de aquel Santo á quien Jesucristo se complació en estar sujeto sobre la tierra.

Récense los Dolores y Gozos con los Padre-nuestros y Ave-Marías.



EJERCICIO

PARA OIR LA SANTA MISA

EN HONOR DEL

Patriarca San José

ADVERTENCIA.—Las cláusulas que están entre dos rayitas pueden omitirse si la misa es breve.

Al empezar la Misa

Héme aquí, glorioso Patriarca San José, ante el altar de mi Dios para asistir al más au-

gusto de los actos de su religión, esto es, al santo sacrificio de la Misa, que no es más que la renovación, si bien sin derramamiento de sangre, del Sacrificio consumado en el Calvario. Conozco que estos son los momentos en que debo estar á la presencia de la Divina Majestad con todo el recogimiento y la humildad de que soy capaz. Por eso invoco vuestra protección, para que vos me prestéis algo de aquellas

vuestras sublimes virtudes que os hicieron digno de gozar de la compañía de Jesús y de vuestra Esposa immaculada. Sobre todo infundid en mi alma la más profunda reverencia y el más sincero dolor de mis pecados: —la reverencia para que hasta en lo exterior manifieste lo convencido que me hallo de que durante la santa Misa estoy asistiendo al gran Sacrificio que se ofrece en honor de los vivos y de los

difuntos; y el dolor de mis pecados, para que, con el sentimiento de haber ofendido á Dios, me prepare á participar



de los méritos que de este santo Sacrificio manan como de una inagotable fuente de gracias.—

Confieso que soy pecador, ¡oh Santo mío!, y que mis culpas son muchas y grandes: pero también sé que las

bondades divinas son inmensas; que María, vuestra virginal esposa, es toda amor y ternura. y que vos os complacéis en favorecer á los que os invocan de corazón. Venid, pues, en mi ayuda, poderoso protector mio, y venid con vuestra purísima Esposa, para que, acompañado de vosotros, sea digno de estar á la presencia de Jesús.

Á los Kyries

Padre Eterno, tened

piedad de mí. Cristo, hijo del Dios vivo, salvad al que habéis redimido. Espíritu Santo, inflamadme en el amor divino. Jesús, María y José, trinidad de la tierra, compadeceos de un pobre pecador.

Al Gloria in excelsis

¡De qué celestial alegría fué colmado vuestro corazón, oh bienaventurado San José, cuando oísteis á los coros angélicos cantar en el nacimiento de vues-

tro Hijo adoptivo: «Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!» Yo me uno, pues, á los celestiales espíritus, y lleno de alborozo y amor, repito: ¡Gloria á Dios le den los santos en el cielo; gloria á Dios rindan los hombres en la tierra; gloria le tributen todos los seres que ha sacado de la nada! ¡Paz á los hombres de buena voluntad; paz consigo mismo, gozando de la tran-

quilidad de una conciencia pura, y paz con sus semejantes, viviendo todos como hermanos de Jesucristo!

Á las Oraciones y Epístolas

Uniendo mi intención con la del sacerdote, ruego en primer lugar, al glorioso San José, para que este sacrificio ofrecido á la Majestad Divina, ceda también en honor del Santo cuya memoria celebra hoy la Iglesia. Ruego después para

que me alcancéis aquellas virtudes en que se distinguieron esos santos héroes de nuestra sacrosanta religión, que veneramos sobre los altares. Vos, que entre ellos ocupais un lugar de preferencia, sed principalmente el modelo que procure yo imitar; hacedme á este fin siempre dócil y obediente á los consejos y á la doctrina de los sagrados libros que sirven de texto á la Epístola, á fin de que, cumpliendo con exactitud

lo que se encierra en su enseñanza, alimento mi entendimiento con pensamiento santos y celestiales, y mi corazón con afectos puros y aspiraciones á lo sobrenatural y eterno. Sean mis acciones conformes á las verdades que consigna la Sagrada Escritura, ya que ella es la palabra divina que se revela á los hombres para atraerlos al conocimiento del verdadero Dios, y dirigirlos por la senda de la perfección moral. Busque yo, oh

Santo mío, esta perfección, y en ella ponga toda mi gloria y todo mi entusiasmo: que por cierto es la santidad y no la grandeza humana, la que enaltece á quien es imagen de Dios; son las virtudes y no los títulos de vanidad, los que honran á quien es discípulo de Jesucristo; es la pureza del alma, y no la hermosura del cuerpo, la que hace encantadora criatura, cuyo cuerpo ha de reducirse á polvo, y cuya alma es inmor-

tal; son los bienes de la eternidad que nunca han de perecer ni menguar, y no los bienes del tiempo inconstantes, engañosos y caducos, las únicas riquezas que ha de apetecer el hombre que acá en la tierra se halla como un transeunte y un extranjero que se dirige á su patria. Reflexione siempre yo estas verdades; á ellas ajuste mi conducta todos los días de mi vida.

Al Evangelio

Los textos evangélicos son, oh patriarca mío San José, el libro de la ley para el cristiano: en ellos contemplamos á Jesús hablando y obrando; en ellos nos instruye con su palabra de inefable verdad y sus hechos de una santidad asombrosa. — Vos oísteis mil veces aquella voz del cielo que resonaba en la tierra, y admirasteis las acciones que un Dios humano obraba

entre los hombres.— Pero vos oiais, mirabais, prestando á las palabras el oído de vuestra alma, y buscando en las acciones una norma que seguir. Que también sea mi alma quien se empape en las palabras del Evangelio; y sea la moral que contiene la que procure hacer resaltar en todas mis obras, aun las más insignificantes.

Al Credo

Haced, oh fiel esposo

de María, que mi inteligencia y mi corazón acompañen mis palabras al rezar con el sacerdote el Credo.

Creo en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su único Hijo nuestro Señor, que fué concebido por obra del Espíritu Santo. y nació de Santa María Virgen: padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fué crucificado, muerto y sepultado; descendió á los infiernos, y al tercero día

resucitó de entre los muertos; subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso: desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, y la vida perdurable. Amén.

Al Ofertorio

En todas estas creen-

cias, Santo mio, espero vivir y morir: y os suplico me lo alcancéis.

¡Oh mi glorioso San José! yo me figuro hallarme con Vos y con vuestra Inmaculada Esposa en el templo de Jerusalén, cuando fuisteis á presentar al Padre Eterno su Hijo unigénito revestido de nuestra mortal carne. Por vuestras manos y por las de María se ofrecía ya entonces el dulcísimo Jesús á la divina Justicia en satisfacción de los pecados

del mundo. Vos que sabíais cuál era la misión en la tierra de aquel que, Hijo de Dios, era también llamado hijo vuestro, ¡cómo en aquella ocasión uniríais vuestros sentimientos con los suyos, para ofrecer á Dios vuestros trabajos y vuestras penas en redención del humano linaje! Junto, pues, con la hostia y el cáliz que ofrece el ministro del altar, me ofrezco también yo como víctima de expiación por mis pecados y

los de todos los hombres.

*À las Oraciones llamadas
Secretas, al Prefacio
y Sanctus.*

En secreto y silenciosamente ruega ahora el sacerdote, como para avisarme de que entre yo en lo más recóndito de mi corazón; y allá, lejos del bullicio mundanal, me entregue á la conversación con mi Dios, que ha dicho que es en la soledad donde habla al

alma. Acallad, pues, oh protector mío San José, en mi interior todo pensamiento y todo afecto que no sean de Dios, ó á Dios no me conduzcan. — Sepa yo buscar en el fondo de mi conciencia aquella alegría y aquella paz, que son las solas que pueden hacerme feliz.

Pero de repente el ministro del altar levanta su voz, y con tono que rebosa entusiasmo alaba al Señor, publica su gloria, y nos invita á que le acom-

pañemos en ello. Ayudadme, Santo mío, para hacerlo con todo el fervor de mi alma. Yo quisiera poder tributar á mi Criador todas las alabanzas que le han tributado los hombres desde el principio del mundo, y le tributarán hasta la consumación de los siglos. — Más aún: yo quisiera que todos los seres, así materiales como inmateriales, se volbiesen lenguas, y que esas lenguas las tuviese yo todas para alabar al Dios

á quien adoro. Por esto me asocio á los coros de los Ángeles, Arcángeles, Principados y demás espíritus celestiales y con ellos repito con todo entusiasmo: ¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos! llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria: ¡gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo! Sí, mi excelso Patriarca San José: gloria al Padre, que os hizo su vicegerente en la tierra respecto del Hijo,

que engendró desde la eternidad; gloria al Hijo, que se complació en llamaros su padre entre los hombres, gloria al Espíritu Santo, que os unió con el lazo de un matrimonio virginal con su inmaculada y mística Esposa.

Al canon y á la elevación

Mi venerable Patriarca San José, conozco que estos son los momentos en que debo hacer todos los esfuerzos para recogerme y

excitar en mí la devoción, pues que he llegado al período de la Misa más augusto y más santo. El sacer-



dote se prepara con la invocación de vuestra virginal Esposa, de los santos Apóstoles y varios san-

tos mártires, para ponerse luego en lugar de vuestro adoptivo hijo Jesús y proferir las sacramentales palabras

que convertirán el pan y el vino en el cuerpo y sangre del Dios humanado. Yo acudo también á la intercesión de la siempre Virgen María, á la vuestra y á la de todos los santos; y, al igual del sacerdote, ruego por las necesidades de la Iglesia y del Estado, por el Sumo Pontífice y demás Prelados y Pastores de la grey de Jesucristo, y por todos los fieles, viadores todavía en este valle de miserias, y de un modo especial en fa-

vor de aquellas personas por quienes tengo mayor obligación. — Así como por aquellos sucesos, casos ó empresas, que redunden en gloria divina ó más lo hayan menester.

Cumpliendo este deber, me concentro en mi corazón y, cerrando mis sentidos á todo lo que me rodea, me considero trasportado al cenáculo. donde veo al Hijo de Dios, que toma el pan y levantando los ojos al cielo le bendice, diciendo: ESTE ES MI

CUERPO, y después, bendiciendo el cáliz, continúa: ESTA ES MI SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO, QUE SERÁ DERRAMADA EN BENEFICIO DE VOSOTROS Y DE MUCHOS. ¡Oh santo mío! El pan ya no es pan, sino que es el cuerpo de mi Dios y Redentor Jesucristo, ayudadme á adorarle y prestarle mi pleito homenaje. Cuerpo de mi Salvador, mi alma se anoda á vuestra presencia y se une á los ángeles para daros la gloria. El

vino ya no es vino, sino que es aquella sangre divina que se derramó para salvar al mundo. Sangre de mi Salvador: postrado en el suelo, yo os adoro con el alma y con el cuerpo.

Después de la elevación

¿Cómo no recordaros en estos instantes, dulce Patriarca mío San José? Si abro los ojos del alma y miro con la luz de la fe, me encuentro á la presencia de Jesucristo: aquí está

Él en sus dos naturalezas, la divina y humana, con su sola persona divina; aquí está en su cuerpo, en su alma, en su sangre, cual Vos le veíais ante vuestros ojos, le acariciábais y le estrechábais sobre vuestro corazón. ¡Qué dicha es la mía! Avivad mi fé, Santo mío, para que conozca toda la felicidad que me cabe al hallarme en la real presencia de mi dulcísimo Jesús. Aprovechando, pues, estas circunstancias, yo, con-

tando con que vos le presentaréis mis súplicas, ruego con el sacerdote, por todos los fieles difuntos, mayormente por aquellos á quienes debo sufragios, ó que están más necesitados de ellos en las cárceles del Purgatorio. Y, como no puedo menos de reconocerme pecador, además de la vuestra, imploro la mediación de vuestra immaculada Esposa, la de los Santos Apóstoles y Mártires, y la de todos los bienaventurados

del cielo. Con ellos me uno para tributar á mi divino Redentor todas las alabanzas y todas las adoraciones que se merece por haber ofrecido su Sacratísimo Cuerpo en holocausto de expiación de mis pecados, y por haberme redimido con su preciosísima sangre.

*Al Pater noster, Pax Dómini
y Agnus Dei*

— Siendo, glorioso San José, la oración que llamamos dominical la

que el mismo celestial Maestro enseñó á sus discípulos, que le pedían una fórmula para orar, acompañando al sacerdote la rezo con toda la devoción que me es posible.

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga á nos tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á

nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación; más libranos del mal. Amén.

Sí, alcanzadme, poderoso patriarca, que me vea libre de todo mal, así del cuerpo como del alma; alcanzadme fuerza para vencer las tentaciones del demonio, los incentivos de la carne y los halagos del mundo: estos tres crueles enemigos de mi alma. Haced que mi corazón no se vea nunca dominado de las pasiones; antes bien goce de

la paz y tranquilidad de una conciencia á la que no remuerda ningún pecado. Impetrádmela, oh mi San José, esa paz de espíritu que el mundo no puede dar, y que vuestro Jesús anunció tantas veces á sus discípulos. Tenga paz conmigo mismo, sujetando las exigencias de mis sentidos y venciendo las agitaciones de mi alma; tenga paz con mis prójimos, sufriendo sus defectos y perdonando todo agravio, tenga paz con mi

Dios, gozando de su gracia, de aquella gracia que debemos al Cordero divino, que ha borrado los pecados del mundo. Interceded en mi favor, Santo mío, para que por la sangre de ese cordero se derramen sobre mí las infinitas misericordias.

*Al dómine non sum dignus
y á la Comunión*

¡Bien quisiera, oh bondadoso protector mío San José, participar con el sacerdote del

sacratísimo cuerpo y de la preciosísima sangre de mi amable Jesús! Pero, si mis deseos son ardientes, mi indignidad es grande por demás. Con todo mi amor propio y toda mi presunción, no puedo dejar de confesar que me encuentro sin mérito alguno para unirme con mi Dios por medio de la sagrada comunión. No, no soy digno, oh Patriarca mío, ni siquiera puedo imaginar que lo sea. Pero preparadme Vos dándome

algo de aquellas disposiciones en que os hallábais para con vuestro Hijo adoptivo, de aquella reverencia con que le tratábais, y sobre todo de aquel amor más que seráfico con que le amábais. Prestadme por algunos momentos vuestro corazón, todo pureza y todo ternura, para que á lo menos espiritualmente pueda recibir al Señor, diciéndole: venid, dulcísimo Jesús mío, venid á mi alma; hacedla toda vuestra: ya que

ahora no puedo recibirlos sacramentalmente, es mi más vivo anhelo recibirlos en espíritu, y quedar unido con Vos todos los días de mi vida y después por toda una eternidad.

*Á las últimas oraciones
y á la Bendición*

A Vos os lo debo, mi siempre benignísimo Patriarca, el que mi alma esté experimentando una alegría particular, efecto, sin duda, de sus ansias en unirse

con Jesucristo y de haber pedido á este su tan condescendiente amante que se dignara venir á visitarla. Él, que es tan bueno, lo habrá hecho sin tomar en cuenta mis ingratitudes, puesto que me hallo como todo cambiado, ardiendo en deseos de no pertenecer en adelante sino á Jesús. Para que así sea, recurro á vuestra protección como también á la de los Santos cuya fiesta celebra la Iglesia. ¡Qué suerte sería la mía si

pudiese yo tener sus virtudes, é imitando su ejemplo, ser una copia de su perfección cristiana! Asistidme, Santo



mío, para que haga por mi parte todos los esfuerzos á fin de alcanzarlo, cumpliendo exactamen-

te con todos los deberes que me impone la profesión de mi fe, y violentando mi corrompida naturaleza en todo

lo que se oponga á las máximas del Evangelio. Sé que, por más propósitos que haga, todos serán infructuosos, si no me viene la bendición de lo alto. Esta bendición suplico, solicito, abogado mío, confiando que Vos haréis ratificar en el cielo por vuestro hijo adoptivo la bendición que acá en la tierra me da su ministro en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Al último Evangelio

Una súplica voy á dirigiros, mi especial protector San José, al concluirse el sacrosanto Sacrificio del altar, al que he asistido. Esta súplica es que, así como en la santa misa ha sido ofrecido al Padre Eterno su Hijo unigénito, me ofrezcáis Vos á vuestra vez al dulcísimo Jesús, para que se digne admitirme como cosa suya todos los días de mi vida y á la hora de mi muerte. Y para

ser digno de ello, yo le ofrezco por mi parte y por vuestras manos todo el bien que puedo haber hecho. y los deseos que tengo de multiplicarlo hasta el infinito, si posible me fuese, así como el sacrificio de la pasión que de un modo particular me domina. Mas viendo su misericordia y mi inconstancia, y que, hallándome expuesto á tantos peligros y á tantas seducciones, necesito de un lugar de seguridad y refugio, os

ruego con todo encarecimiento me pongais bajo el abrigo del manto maternal de vuestra virginal Esposa. Sean siempre Jesús, María y José el objeto de mi amor; así como lo son de mi confianza, y profieran mis labios estos nombres dulcísimos mil veces al día, para ser las últimas palabras que exhale con mi postrer aliento y como grito de ayuda que pida para pasar felizmente del tiempo á la eternidad.

ORACIONES

para después de la Santa Misa

Por decreto de Su Santidad León XIII, están enriquecidas con 300 días de indulgencia.

Se rezan tres Ave-Marías y una Salve.

ORACIÓN

Dios todopoderoso, nuestro refugio y nuestra fuerza, mirad favorablemente al pueblo que os ruega; por la intercesión de la Inmaculada virgen María, Madre de Jesús, del bienaventurado San José su esposo, patrono de la

Iglesia Católica, de los Apóstoles Pedro y Pablo y de todos los Santos, escuchad con misericordia y bondad las oraciones que depositamos á vuestros pies, por la conversión de los pecadores y por la libertad de la Santa Iglesia nuestra madre. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

San Miguel Arcángel, defendednos en el combate, y sed nuestro sostén contra la perfi-

dia y asechanzas del demonio; sea este sojuzgado por Dios, tal es nuestra humilde súplica; y vos, príncipe de la milicia celestial, por virtud divina, arrojad al infierno á Satanás y demás espíritus rebeldes que nos rondan en el mundo para la perdición de nuestras almas. Amén.

ŷ. Sacratísimo Corazón de Jesús.

Rz. Tened piedad de nosotros.

(Se repite tres veces).

ORACIÓN

Dios mío, concededme en virtud del sacrificio que acabo de ofreceros la remisión de los pecados y todas las gracias que necesito para salvarme.

Dadme sobre todo un amor ardiente hacia Vos, un gran temor de disgustaros, un gran deseo y cuidado de agradaros, la aplicación á mis deberes, la paciencia en mis aflicciones, la dulzura y caridad para con todos.

La humildad, pureza, templanza y mortificación de mis sentidos. Un gran desvío de los bienes, placeres y honores de este mundo, gran repugnancia y santo terror á las locas alegrías del siglo, un verdadero espíritu de penitencia que me inspire vivo dolor de mis pecados de mi vida pasada, un deseo sincero de expiarlos y una resolución firme de no caer más en ellos, evitar las ocasiones, para que os alabe en el tiem-

po y os bendiga por toda una eternidad. Amén.

Acto de contrición

Dios y Señor mío, en quien creo, espero, y á quien amo sobre todas las cosas: al pensar en lo mucho que habéis hecho por mí y lo ingrato que he sido yo á vuestros favores, mi corazón se confunde y me obliga á exclamar: Piedad, señor, para este hijo rebelde; per-

donadle sus extravíos, pues le pesa haberos ofendido, y desea antes morir que volver a pecar. Confieso que soy indigno de esta gracia; pero os lo pido por los méritos de vuestro padre nutricio San José. Y vos, gloriosísimo abogado mío, recibidme bajo vuestra protección, y dadme el fervor necesario para emplear bien este rato en obsequio vuestro y utilidad de mi alma. Amén Jesús, María y José.





EJERCICIO PARA LA CONFESIÓN

ORACIÓN

pidiendo gracia para llegar á confesarse con las disposiciones necesarias.

Santísimo Dios, que estais siempre dispuesto favorablemente para recibir al pecador y perdonarle; poned vuestra vista en un alma que vuelve á Vos de buena fé, y que busca con qué lavar sus manchas en

las aguas saludables de la penitencia. Hacedme ¡oh Dios mío! la merced de que me acerque á ellas con las disposiciones necesarias; alumbrad mi espíritu á fin de que conozca yo todos mis pecados; encended mi corazón para que los deteste, y gobernad mis labios para que los confiese, mediante lo cual obtenga el perdón de ellos.

Exámen de conciencia

Recordar si en las

confesiones anteriores dejó de confesar algún pecado por malicia, olvido ó por vergüenza.

Si dijiste al confesor el pecado con artificio y de manera que no lo comprendiese, porque era grave.

Si cumpliste la penitencia de la confesión anterior. Si procuraste no volver á pecar.

Todo esto debes explicar con claridad para no exponerte á una confesión sacrilega, y no sólo desde la última confesión, sino tam-

bién si antes cometiste algún pecado grave que olvidaste.

Oración

para antes de la Comunión

Mi especial protector San José: tembloroso el corazón y agitado el espíritu, voy á acercarme á la sacrosanta mesa eucarística. ¡Oh! me confundo al pensar que he de recibir á mi Dios; que Él se digna venir á mi alma para unirse con

ella de una manera tan íntima y tan afectuosa, como que va á hacerla partícipe de su sacratísimo Cuerpo, y por consiguiente de su humanidad. Soy indigno, más que indignísimo, de tanta fineza y de un honor tanto, que ni los más encumbrados espíritus celestiales la gozan. ¿Qué he de hacer? ¡Santo mío! Deseo estrecharme con mi dulce Jesús; pero veo al mismo tiempo mi indignidad, mi poco amor y mis ingratitudes, y esto

me espanta y desazona. Venid, venid, pues, Vos que fuisteis y sois todo paternal cariño para vuestro Hijo adoptivo, y que por vuestra eminente santidad merecisteis ser llamado padre del mismo Hijo de Dios; venid á encender en amor mi frío corazón; prestadme vuestros grandes méritos y vuestras privilegiadas virtudes. Vos preparásteis con tierno afán en el portal de Belén la pobre cuna en que había de reposar el Dios ná-

cido de vuestra virginal Esposa; Vos la convertisteis, cuanto os lo permitió la penuria en que os hallabais, en un lecho blando y abrigado. Preparad á su vez mi alma; convertidla en decorosa y apacible morada de mi Dios; ablandadla de su dureza; abrigadla con vuestra protección, para que el amantísimo Jesús pueda reposar en ella con amorosa complacencia.

Y Vos, Virgen Santísima, venid con vues-

tro amadísimo y angelical Esposo á disponer mi corazón, que tan vacío se halla de virtudes, y tan ocupado de amor propio y vanos deseos. Purificadle con la pureza de un ángel, Vos que sois la doncella inmaculada y Reina de los ángeles.

Y purificado mi corazón y preparada mi alma, oh dulcísimo Jesús, por María y José, bien puedo deciros que vengais. Venid, sí, venid, querido de mi amor. No miréis mi mi-

seria y mi vileza, atended solo que son vuestra Madre y vuestro Padre adoptivo, tan purísimos y tan queridos vuestros, los que os recibirán al entrar á mi alma. Venid, pues, venid, dulce Bien mío, que lo deseo con ardor.

*Oración á Nuestra Señora
antes de la Comunión*

Dulcísima medianera y abogada de los pe-

cadores; dignísima Madre de nuestro Señor Jesucristo: por aquella virginal pureza y profundísima humildad con que por virtud del Espíritu Santo concebiste en tus entrañas á aquel Señor que yo ahora quiero y deseo recibir, humildemente suplico me alcances de tu benditísimo Hijo el perdón de todos mis pecados y la gracia para poder recibir dignamente el sacramento de la Eucaristía, el cual sirva de salud á mi

cuerpo y de salvación
á mi alma. Amén.

En seguida se acercará al altar para recibir la Comunión, y cuando el sacerdote pronuncia las palabras *Ecce Agnus Dei*, etc., el comulgante dirá:

Yo te adoro, oh sagrada Hostia, pan, vino y alimento de los ángeles. Te adoro, oh Salváador mío y te creo, espero en tí y te amo.

Después dirá tres veces con el Sacerdote y con el mayor fervor:

Señor mío Jesucristo: yo no soy digno de que vuestra Divina Ma-

jestad entre en mi pobre morada; mas por vuestra Santísima palabra mis pecados sean perdonados y mi alma sana y salva.

Al recibir la sagrada forma dirá con el corazón sin pronunciar con la boca:

El cuerpo de mi Señor Jesucristo guarde mi alma, y la lleve á la vida eterna. Amén.

Después de la Comunión

¿Es posible, mi amadísimo patriarca San José, que todo un Dios se haya dignado darse en alimento á mi alma? ¿Es posible que el dulcísimo Jesús se haya unido á mí, haciéndome participante de su santísimo Cuerpo? Así es: y yo, miserable y pecadora criatura, por medio de la Sagrada Comunión, acabo de recibir en mi interior á aquél mismo Hijo del Altísimo que vos tuvís-

teis en vuestros brazos y estrechásteis sobre vuestro corazón? ¡Infeliz de mí que no se yo acariciarle con aquella ternura con que lo hicisteis vos! ¡que no se yo adorarle con aquella humildad y fervor con que vos le adorásteis al compás de los angélicos acentos que cantaban al recién nacido Niño divino: ¡GLORIA Á DIOS EN LAS ALTURAS Y PAZ EN LA TIERRA Á LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD! Suplid, bondadoso Protector mío,

mi insuficiencia. Dad por mí millones de millones de gracias al dulcísimo Jesús que fineza tan incomparable me ha dispensado. Pedidle que haga de mi corazón una inmensa hoguera de amor suyo, cuyo fuego consume en mí todos mis malos hábitos y todas mis aficiones terrenas. Pedidle por todas mis necesidades y por todas las de la Iglesia, de su Santo Pontífice y demás Prelados, así como por las de mis parien-

tes, amigos y conocidos y de todos los hombres tanto justos como pecadores, así fieles como infieles. Interceded con vuestra amorosísima Esposa, para que, ya que tengo á Jesús en mi alma, venga también Ella á morar en mi corazón, y le haga suyo, enteramente suyo.

Y Vos, divino Jesús mío, recibid por conducto de vuestra Madre y de vuestro Padre adoptivo con mi sincero reconocimiento, el

ofrecimiento que os hago de no pertenecer desde hoy más que á vuestro amor. y de esforzarme cada día con nuevo ahinco en que mi alma os sea siempre una mcrada de amor y de delicias.





TRÍDUO

en obsequio del Castísimo Patriarca Señor
SAN JOSÉ

Se podrá comenzar el 17 de cada mes, para concluir el 19.

Modo de hacer este Triduo

Hecho el Acto de Contrición, se dirá la siguiente

ORACIÓN

¡Con qué confianza, con cuánta satisfacción vengo á vuestros pies, José Santísimo, á implorar vuestro socorro y protección en mis necesidades! ¡Oh! yo no desconfío que no

queréis oír mis ruegos, porque por experiencia sé que no os sabéis negar al que con fé os hace una súplica. Vos que en el mundo probásteis todas las amarguras de la vida, y que conocéis bien las duras afecciones del corazón humano, ¿os haréis sordo cuando algún mortal, con la fe y el consuelo que inspira vuestro dulce nombre, os invoca y os descubre el centro de su alma que sufre traspasada de alguna grande pena?

Vos, que podeis sacar la punzante espina de un corazón afligido, ¿os mostraréis indiferente y veréis sin lastimarse vuestra eminente caridad, rodar las lágrimas de vuestros devotos sin extender vuestra benéfica mano y secar su llanto? ¿Acaso necesitáis, para hacernos un beneficio ó darnos un consuelo, otra cosa que querer? ¿Y habrá quien pueda imaginarse que, no habiendo menester más que esa vuestra voluntad bienhechora,

no queráis acceder á calmar, ó quitar del todo, nuestras tribulaciones? ¿Receláis quizás que vuestro Hijo santísimo os niegue lo que en mi favor le pidiereis? ¿Será posible, santo mío, que aquél á quien en el mundo alimentásteis, y que vió vuestra noble frente cubierta de sudor para proporcionarle su alimento y el de su Santísima Madre, os desaire cuando vayáis á suplicarle alguna gracia? Aquel que os es-

cogió para que le sirvierais de padre, y que se regocijaba cuando le dabais el tierno nombre de Hijo, ¿no querrá acceder á vuestra demanda? ¡Que! ¿no es por ventura el mismo que en la tierra os obedecía, y que tantas veces tuvisteis en vuestros brazos, acariciándole dulcemente? ¿No es el mismo que desde toda la eternidad os señaló para esposo de mi Inmaculada Virgen María? Grandes, muy grandes son estos

titulos para que no podáis con Dios todo lo que queráis, y grandes son también las esperanzas que á mi me infunden tan estupendas prerrogativas. Posible es, Padre mio, que yo os pida una cosa que no me sea conveniente, y esto sería ciertamente efecto de mi ignorancia; pero no es posible que me dejéis sin consuelo en mis necesidades; no, yo no pretendo que hagáis mi voluntad, sino la de mi Dios; pues, si lo que

pido no es á su mayor honra y gloria y provecho de mi alma, nada quiero; y preferiré en todo tiempo lo que mejor conduzca á mi salvación. Si trabajos, si enfermedades y disgustos es lo que me conviene en la vida, yo los recibo con el mayor placer por ser esta la voluntad de Dios, y sólo os pido me alcancéis su santísima gracia para sufrir resignado, y alcanzar en la eternidad el premio, que es á lo que aspiro. Amén.

DÍA PRIMERO

Santísimo José, aquí me tenéis postrado á vuestras plantas y muy confiado de vuestro patrocinio; siento que en mi pecho nace una lisonjera esperanza al invocaros, porque estoy convencido de vuestro poder y valimiento con el Altísimo, porque sé que son infalibles vuestros ruegos unidos con los de vuestra purísima esposa Maria, y porque sé también que tenéis gusto

en favorecer á vuestros devotos. Pues bien, llevadme de la mano hasta el trono de vuestro santísimo Hijo y decidle: «Este, que ves aquí, me ha invocado, se ha valido de mí en sus penas y yo quiero aliviárselas: él no se levantará de tu presencia; yo no me retiraré de este lugar sin haber conseguido lo que deseo en bien de mi devoto; acuérdate, Hijo mío, de las aflicciones que en el mundo tuve cuando fuiste

servido de encargarme tu cuidado, y no me niegues lo que solicito. ¡Ah! No podrá negarse á este ruego: os concederá lo que pidáis, Santo mio, y yo volveré á disfrutar la felicidad que perdí, y todos mis días serán de regocijo teniendo á Vos en mi favor y amparo. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

JACULATORIA

Sírvanos de guía y luz
En nuestra necesidad
La inagotable bondad
Del dulcísimo Jesús.

Padre nuestro, etc.

Sea toda nuestra alegría,
Sea todo nuestro consuelo
La medianera en el cielo,
La Inmaculada María.

Padre nuestro, etc.

Se acabarán, bien se vé,
Nuestras penas y dolores
Teniendo por protectores
A Jesús, María y José.

Padre nuestro, etc.

Ahora se dirá la oración que
va puesto al fin para todos los
días, con lo que se concluye.

DÍA SEGUNDO

Hecho el Acto de contrición, se dirá la oración primera y luego la siguiente

ORACIÓN

Glorioso Patriarca, yo que soy el más grande pecador, necesito también de vuestro Hijo la más grande misericordia. Rogad por mí y no me desechéis: ved que os invoco, ved que os suplico, que no me despidáis de vuestra presencia sin consuelo. Nada soy, nada valgo, nada merezco; pero os

tengo que alegar en mi favor vuestras propias virtudes y las de vuestra esposa Maria: os tengo que recordar que el Salvador derramó su sangre preciosísima por mí y que, aunque indigno, soy criatura suya. Si vos os interesáis por mí, intercediendo á mi favor, nada me faltará, y quedarán remediadas mis necesidades: así lo creo, así lo espero lleno de fe, y muy consolado queda mi corazón, esperando que con vuestra media-

ción santísima seré feliz en esta vida y en la otra. Amén.

DÍA TERCERO

¡Oh amabilísimo José, Padre nutricio felicísimo del Salvador del mundo! Yo no cesaré de alabaros ni de confiar en vuestro patrocinio, ni dejaré de invocaros hasta el último instante de mi vida, pidiendo que roguéis por mí. No desprecieis

mis oraciones, aunque tibias y sin fervor; suplid mi devoción, iluminad mi entendimiento, fortaleced mi corazón en las virtudes, y dadme todo aquello que sea necesario para el bien de mi alma, juntamente con el socorro y alivio en mis necesidades. Ya Vos las conocéis: no tengo para qué repetirlas, pues mejor que yo sabéis lo que me es más conveniente y necesario. No hagáis conmigo, os dire aún mil veces, lo que

yo quiera, sino lo que más agradable sea á vuestro querido Hijo; no se haga en mí, en mis cosas sino la voluntad de Dios, para que en todo tiempo y á toda hora yo cante sus alabanzas en la tierra y después vaya también á cantarlas en el cielo en vuestra compañía. Amen.

Padre nuestro, etc., como el primer día, y se concluirá con la siguiente

Oración

con que finalizará todos sus actos

Ya estoy á los pies del dulcísimo José; ya estoy postrado ante este felicísimo Patriarca, y nada temo: ¿ni qué podría temer teniéndole por abogado?... Vengan las aficciones. la orfandad, la enfermedad y la miseria; yo no las temo; impávido levantaré la cabeza en medio de los mayores infortunios. Nada podrán contra mí, porque José es mi refugio; las

maquinaciones de mis enemigos para perderme serán destruidas; la lengua viperina del que injustamente me persigue, enmudecerá; al ladrón se le frustrará el lazo que me tienda; el asesino no podrá levantar el brazo para herirme, y el aire corrupto y la peste no infestarán mi casa. Nadie, nadie podrá dañarme: José es mi protector, José ha abierto los brazos para recibirme y salvarme. José va á hacer de mí un hom-

bre nuevo. José va á borrar de mí las malas inclinaciones. José va á ser mi guía en el camino de las virtudes, y José, en fin, rogará á Dios por mí, y yo seré salvo. Amén.





CORTE DE SAN JOSÉ

Oraciones

que deben rezar en la visita

Por la señal, etc.

Señor, abrid mis labios, y mi boca pronunciará vuestra alabanza.

Gloria á Jesús, José y María, á quienes encomiendo el alma mía.
San Joaquín y Santa

Ana, interceded por nosotros.

Oración á San José

Acordaos, oh castísimo esposo de la Virgen María, dulce protector mío San José, no haberse jamás oído decir que alguno de los que han invocado vuestra protección é implorado vuestro socorro haya quedado sin consuelo Animado con esta confianza, vengo á vuestra presencia, y me recomiendo fervorosa-

mente á vuestra bondad. ¡Ah! no desatendáis mis súplicas, oh Padre nutricio del Redentor, antes bien acogedlas favorablemente, y dignaos socorrerme con piedad.

Ahora se rezarán cinco Padre nuestros en honor de la Sagrada Familia, y al final de cada uno se dirá:

Jesús, Maria, José, Joaquín y Ana, en la vida y en la muerte, amparad nuestra alma.

Pío IX concedió 300 días de indulgencia á los que recen la sobredicha oración: *Acordaos...*

Otra oración á San José

Poderosísimo Patriarca, gloria del linaje humano, amparo de pecadores, firme esperanza de los cristianos, dulce consuelo de los afligidos y seguro apoyo de desamparados. José gloriosísimo: el último instante de mi vida ha de llegar sin remedio; mi alma ha de agonizar terriblemente acongojada con la representación de mi vida, tan poco conforme á la vuestra; el paso á

la eternidad me ha de ser sumamente espantoso sin vuestra ayuda; el demonio, nuestro enemigo, ha de combatir con todo el poder del infierno para hacerme perder á Dios eternamente; con mis fuerzas naturales no podré resistir, y nada de este mundo podrá socorrerme. Desde ahora, pues, para entonces os invoco, Padre mío; á vuestra protección me acodo; asistidme en aquel trance, á fin de que yo no desfallezca en la fe,

en la esperanza y en la caridad. Cuando Vos moristeis, la sola presencia de vuestro adoptivo Hijo, mi Dios, y la de vuestra Esposa, mi Señora, ahuyentaron á los demonios para que no se atreviesen á combatir vuestro espíritu; por estos favores, y por los que en vida os hicieron, os pido en nombre de todos los asociados que en aquella tremenda hora nos asistáis y ahuyentéis á los enemigos infernales, para acabar la vida

en paz, amando con todo el corazón á Jesús, á María y á vos José mio. Amén.

*Preces al glorioso Patriarca
San José*

San José, llamado el varón justo por el mismo Espíritu Santo. *Asistidnos en nuestra última hora.*

San José, angelical Esposo de la siempre Virgen María: *Asistidnos, etc.*

San José, á quien el mismo Hijo de Dios

llamó su padre: *Asistidnos, etc.*

San José, á quien el Padre celestial hizo participante de su paternidad y de su amor infinito á su eterno Unigénito: *Asistidnos, etcétera.*

San José, jefe de la Trinidad terrestre: *Asistidnos, etc.*

San José, padre nutricional del que alimenta á todas las criaturas: *Asistidnos, etc.*

San José salvador del Salvador del mundo: *Asistidnos, etc.*

San José, guía de la Luz increada aparecida á los hombres: *Asistidnos, etc.*

San José, director de la eterna Sabiduría, venida á la tierra: *Asistidnos, etc.*

San José, á quien estuvo sumiso el Hijo del Todopoderoso: *Asistidnos, etc.*

San José, á quien sirvió la Reina de los ángeles y de los hombres: *Asistidnos, etc.*

San José, á quien la Trinidad deífica asoció el gran misterio de la

Encarnación: *Asistidnos, etc.*

San José, á quien Dios confió el tesoro inmenso de Jesús y María: *Asistidnos, etc.*

San José, cuyos trabajos, cuyos sudores, cuya vida entera se consagró al Dios humanado y á su Madre santísima: *Asistidnos, etcétera.*

San José, modelo de sufrimiento, dechado de virginidad y volcán de amor divino: *Asistidnos, etc.*

San José, príncipe de

los patriarcas y el primero de todos los Santos: *Asistidnos, etc.*

San José, que en la gloria ocupáis un tronco cerca al de Jesús y María: *Asistidnos, etc.*

San José, que en el cielo ejercéis la influencia y el valimiento de un padre con su hijo, y de un esposo con su esposa: *Asistidnos, etc.*

San José, protector de las almas virgenes: *Asistidnos, etc.*

San José, espejo del ministerio sacerdotal: *Asistidnos, etc.*

San José, ejemplar de la santidad del casado cristiano: *Asisnos, etc.*

San José, defensor de los moribundos en su agonía: *Asistidnos, etc.*

San José, abogado de la humanidad en todas sus miserias y necesidades: *Asistidnos, etcétera.*

Antifona

Por todos estos privilegios, méritos y gracias, os pedimos vuestros devotos, excelso y

poderosísimo Patrón nuestro San José, que nos alcancéis imitar vuestras eminentes virtudes; que nos asistáis en las varias vicisitudes de esta mortal vida; nos patrocinéis en la hora de nuestro tránsito, y nos presentéis después en el cielo á Jesús y á María.

También os pedimos por la Iglesia Católica, por el Sumo Pontífice y demás Prelados, y por todos los fieles que viven en su unión y obediencia.

Jesús, María, José,
Joaquín y Ana, en vida
y en muerte amparad
nuestra alma.

Alabanzas y gracias
dé siempre el alma mía
á mis legítimos señores
Jesús, José y María.

Jaculatoria

¡Oh glorioso San Jo-
sé, esposo de María!
protegednos, y prote-
ged á la Iglesia y á su
Cabeza visible.

Oración á San José

que el Papa León XII mandó que se rezara en el mes de Octubre después del Santo Rosario.

Á Vos, bienaventurado San José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de vuestra Santísima Esposa, solicitamos también confiadamente vuestro patrocinio. Por aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, os tuvo unido, y por el paternal amor con

que abrazásteis al Niño Jesús, humildemente os suplicamos que volváis benigno los ojos á la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo y con vuestro poder y auxilio socorráis nuestras necesidades.

Proteged, ¡oh providentísimo Custodio de la Divina Familia! la escogida descendencia de Jesucristo; apartad de nosotros toda mancha de error y de corrupción; asistidnos propicio desde el cielo,

fortísimo libertador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas; y como en otro tiempo librasteis al Niño Jesús de inminente peligro de la vida, así ahora defended la Iglesia santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad, y á cada uno de nosotros protegednos con perpetuo patrocinio, para que, á ejemplo vuestro y sostenidos por vuestro auxilio, podamos santamente vivir y piadosa-

mente morir, alcanzando en los cielos la eterna bienaventuranza. Amén.

El Papa León XIII concedió una indulgencia de siete años y siete cuarentenas por cada vez que se recite devotamente esta oración.





DÍA 19 DE CADA MES

INSTRUCCIÓN

He aquí una de las devociones que son más del agrado del Santo y que pueden producir más fruto entre los fieles, pues con ella se puede reanimar el espíritu de fé y fomentar la piedad y la frecuencia de los Santos Sacramentos en las parroquias. Procuren

los devotos josefinos celebrar este día con cultos solemnes, los que podrían ser principalmente:

1.º Una comunión general en el altar del Santo.

2.º Rezarle ó cantarle una misa á una hora fija.

3.º Durante la misa, si es rezada, ó después de ella si es cantada, hacer el ejercicio que damos, propio de este día.

4.º Si es posible, hacer por la tarde una

función devota al Santo con el Santísimo expuesto, practicando (lo que sería mejor) por la tarde, el ejercicio del día 19.

5.º Hacer un sermón ó plática de alguna de las virtudes del Santo. Si esto no es posible, léase alguna de las meditaciones que damos en su Mes.

6.º Guardar más retiro en dicho día, y hacer un poco más de oración, lectura espiritual y exámen. Con esto, no lo dudes, de-

voto josefino, será para tí el día 19 un día feliz, día de bendiciones y gracias especiales que te harán más cierta tu elección y salvación. Pruébelo quien no lo creyere, y lo verá por consoladora experiencia.





PRÁCTICA

Hecha la señal de la cruz, dígase:

Acto de Contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador y Redentor mío, en quien creo y espero, á quien adoro y amo con todo mi corazón, y me pesa de haberos ofendido por ser bondad infinita os doy gracias muy rendidas por las excelencias, felicidades y pri-

vilegios que habéis dispensado á vuestro padre adoptivo San José; y por su intercesión poderosa os pido la gracia de una santa vida, preciosa muerte y la especial de este día á mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén.





A MARIA INMACULADA

Virgen Santísima
Maria, Madre de Dios
y Madre mía, os pido
me alcancéis en este
día la gracia de honrar
dignamente á vuestro
virginal Esposo San
José, como vos le hon-
rásteis en vida, á fin de
merecer su protección
en la hora de la muerte
y el feliz despacho de
mi ESPECIAL, á mayor
gloria de Dios y vues-
tra y de San José.
Amén.



ORACIÓN Á SAN JOSÉ

PARA TREINTA DÍAS

EN MEMORIA DE LOS TREINTA AÑOS QUE VIVIÓ
CON JESÚS Y CON MARÍA

Por cualquier intención especial

¡Siempre bienaven-
turado y glorioso Jo-
sé, Padre benigno é
indulgente y amigo
compasivo de todos los
desgraciados! Por aquel
amargo dolor que em-
bargó tu alma cuando
vistes los sufrimientos
del Niño Jesús, y pre-
viamente contemplas-

tes la perspectiva de su ignominiosa Pasión y Muerte, te ruego tengas piedad de mis necesidades y miserias, me aconsejes en todas mis dudas y me consueles en todas mis aflicciones. Tú eres el buen Padre y el Protector de los huérfanos, el abogado de los indefensos, el Patrono de los que se hallan necesitados y abatidos. No desatiendas, pues, la petición de tu pobre siervo; mis culpas han atraído sobre mí el jus-

to desagrado de mi Dios, y heme aquí cercado de pesares. A tí, amante jefe de la Sagrada Familia de Nazareth, acudo en busca de abrigo y protección.

Te pido, pues, escuches con paternal solicitud la ardiente súplica de este tu humilde hijo, alcanzándome el objeto de mi petición. Lo ruego, por aquella misericordia infinita del Hijo Eterno de Dios, que le indujo á sumir nuestra humana naturaleza y na-

cer en este mundo de dolor. Lo ruego, por aquel pesar que inundó tu corazón cuando, ignorante del misterio obrado en tu immaculada Esposa, temisteis tener que separarte de ella.

Lo ruego, por aquel cansancio y sufrimiento que soportastes, cuando, buscando en vano en la posada de Belén un abrigo para la Virgen Santa y una cuna para el Niño Dios, y siendo rechazado por doquiera, fuistes obli-

gado á consentir que la Reina del cielo diese á luz al Redentor del mundo en un misero establo.

Lo ruego, por el doloroso derramamiento de sangre que presenciasteis en su Circuncisión. Lo ruego, por el poder y por la dulzura de aquel sagrado nombre, *Jesús*, que conferiste al adorable Niño.

Lo ruego, por aquella angustia mortal que te produjo la profecía del justo Simeón, de-

clarando al niño Jesús y á su santa Madre como las futuras víctimas de nuestros pecados y de su grande amor por nosotros. Lo ruego, por aquel dolor y aquella amargura que se apoderaron de tu alma cuando el Angel te declaró que los enemigos del Niño Jesús querían su vida; por cuyos impíos designios fuistes obligado á huir á Egipto con Él y con su bendita Madre. Lo ruego, por todos los trabajos, penas y mo-

lestias de aquel largo y peligroso viaje. Lo ruego, por todas las aflicciones que sopor-
tastes en Egipto cuando algunas veces no te era posible, ni aun con el sudor de tu frente, procurar el sustento diario á tu pobre familia.

Lo ruego, por todos tus cuidados para preservar al Sagrado Niño y á su Madre inmaculada durante tu segundo viaje, cuando recibistes la orden de volver á tu país natal.

Lo ruego, por tu tranquila residencia en Nazareth, durante la cual experimentastes tantas penas y alegrías. Lo ruego, por tu extremada aflicción cuando fuistes privado por tres días de la compañía del adorable Niño. Lo ruego, por el gozo de encontrarle en el templo y por la consolación inefable de que participastes en la casa de Nazareth, viviendo en compañía del Niño Jesús. Lo ruego, por aquella admirable condes-

condencia, por la cual se sometió á tu voluntad. Lo ruego, por aquella angustia continua que experimentabas, previendo todo lo que el Niño Jesús había de sufrir cuando ya no estuvieses por más tiempo á su lado.

Lo ruego, por la dolorosa previsión que te hacía contemplar aquellas manos y aquellos Pies divinos é infantiles, entonces tan ágiles para servirte, talarados un día con clavos agudísimos; aque-

lla cabeza que reposaba dulcemente en tu pecho coronada de penetrantes espinas; aquel Cuerpo delicado, que envolvías tiernamente en tu manto y estrechabas contra tu corazón, desnudo, destrozado y extendido en una cruz.

Lo ruego, por aquel sacrificio heroico de tu voluntad y de tus más profundas afecciones, por lo cual ofrecistes al Eterno Padre el momento terrible, en que el Dios Hombre había

de expirar por nuestra salvación.

Lo ruego, por aquel perfecto amor y aquella conformidad con que recibistes la orden divina de dejar esta vida y la compañía de Jesús y de su Madre.

Lo ruego, por aquel gozo excesivo que inundó tu alma cuando el Redentor del mundo, triunfante de la muerte y del infierno, entró en posesión de su Reino, conduciéndote con Él con grandes honores.

Lo ruego, por la gloriosa Asunción de María, y por aquella gloria interminable que, en unión de tu Beatísima Esposa, gozarás eternamente en la presencia de Dios.

¡Mi adorable Padre! Te suplico por todos tus sufrimientos, pesares y alegrías que me escuches y alcances la concesión de mis fervientes súplicas.

(Aquí se nombra, ó se medita sobre ellas.)

Obtén, para los que

me han pedido ruego por ellos, todo cuanto les sea conveniente en los designios de Dios; y finalmente, te suplico, mi amado Padre y Patrono, que estés conmigo y con todos aquellos que me son queridos, en nuestros últimos momentos, para que cantemos eternamente las alabanzas de *Jesús, María y José.*

JACULATORIA

Jesús, José y María,
yo os doy el corazón y
el alma mía.

San José, patrono de
la Iglesia universal,
protegedme.





GOZOS

EN HONOR DEL

GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ

CORO

*Por tu inefable alegría
José, muy gozoso estoy;
A Dios las gracias le doy
Y el parabién á María.*

Por el gozo peregrino
Que tu alma recibió
Al saber que concibió
Del Espíritu Divino
Tu Esposa, y que así
[convino
Para bien del alma mía,

*A Dios las gracias le doy
Y el parabién á María.*

*Pater noster y Ave
María.*

Por el contento sa-
[grado
Que los pastores te
[dieron
Cuando á Jesús se rin-
[dieron
Entre pajas reclinado,
Y al verle tan festejado
De celestial melodía,
*A Dios las gracias le doy
Y el parabién á María.*

*Pater noster y Ave
María.*

Por el gozo que tu-
[viste
Cuando en la Circun-
[cisión
Pronunció tu devoción
Jesús, nombre que le
[diste:
Y cuando en esto su-
[piste
Que al mundo reme-
[diaría,
*A Dios las gracias le doy
Y el parabién á María.*
*Pater noster y Ave
María.*

Por el gozo celestial
Que tu corazón sintió
Cuando el sacerdote oyó

Que Jesús era señal
Que con su sangre real
A todos redimiría,
A Dios las gracias le doy
Y el parabién a María.
Pater noster y Ave María.

Por el gozo y gran
[consuelo
Con que miraron tus
[ojos
De Jesús como despojos
Los ídolos por el suelo,
Y que ya vencía el cielo
De Egipto la idolatría,
A Dios las gracias le doy
Y el parabién á María.
Pater noster y Ave María.

Por el gozo y rego-
[cijo
Que recibiste al oír
Que ya podías salir
De Egipto con Madre
[é Hijo,
Y más cuando el Ángel
[dijo
Que á Gálilea escogía,
*A Dios las gracias le doy
Y el parabién á María.*
*Pater noster y Ave
María.*

Sentiste gozo exce-
[lente
Cuando le hallaste en-
[señando

En el templo, y dispu-
[tando
Con magisterio emi-
[nente:
De tu celo diligente
Premio fué tanta ale-
[gria,
*A Dios las gracias le doy
Y el parabién á María.*

*Pater noster y Ave
María.*





CULTO CONTINUO DE SAN JOSÉ,
ESPOSO DE LA INMACULADA VIRGEN MARÍA

El devoto de San José N. está llamado á honrarlo con culto especial el día de cada año, para consolarle en sus dolores, de los cuales fueron causa nuestros pecados. Con este fin procurará hacer con gran diligencia y fervor las prácticas siguientes:

1.^a Frecuentar los Santos Sacramentos y, cuando no le sea posible, suplirlo con un acto de contrición y con la Comunión espiritual.

2.^a Asistir con especial devoción á la Santa Misa, en memoria de la presentación de Jesús en el Templo.

3.^a Un cuarto de hora al menos de oración mental sobre los dolores del Santo.

4.^a Recoger su espíritu y pasar el día en memoria de San José.

5.^a Hacer cualquier

acto de mortificación, cualquier obra de misericordia espiritual y corporal.

6.^a Rezar siete *Padre nuestros*, siete *Ave Marías* y siete *Gloria Patris*, en memoria de sus dolores y de sus gozos.

7.^a Terminar el día con la visita al Santísimo Sacramento y con el ofrecimiento de nuestro corazón á San José.

Al que durante su vida intente consolar á San José, le servirá

de gran consuelo en su muerte esta práctica.

La Santidad de N. S. P. Pío IX, en Rescripto de 20 de Enero de 1856 por la Secretaría de la S. C. de Propaganda, se dignó aprobar la expresada práctica y enriquecerla con las siguientes indulgencias:

I. Indulgencia plenaria en el día de la admisión, en el elegido para santificarse y en el artículo de la muerte.

II. Indulgencia plenaria el 19 de Marzo, el día del Patrocinio de San José, el 23 de Enero día de los Desposorios de María Santísima y en todas las fiestas de precepto de la Virgen.

III. Indulgencia de siete años y siete cuarentenas en cuantos días se practique cualquiera cosa de las dichas.

Todas las indulgencias expresadas son perpetuas y aplicables á las ánimas del Purgatorio.

A fin de activar, asegurar y extender este tributo de culto continuo á San José, además de fijar un día en el año para la práctica de los actos arriba indicados y ganar la indulgencia plenaria concedida por el Sumo Pontífice, invita á los que se inscriban á que fijen también un día de cada mes para la práctica de los mismos actos y ganar las indulgencias parciales igualmente concedidas.

Así bastarán treinta y una personas para formar una Asociación completa que consagre cada día del año a San José; y multiplicándose la Asociación, habrá en cada día un gran número de devotos ocupados en venerarlo. Para estos devotos servirá la fórmula siguiente:

Yo, N.

me propongo dedicar en honor de San José, no solamente el día de cada año que se me ha designado en la página precedente, sino también el día de cada mes; y procuraré practicar en tal día los mismos actos allí indicados.

NOTA

Se advierte que esta piadosa Asociación no impone el menor cargo de conciencia, y que sólo se dirige á fomentar la devoción y ganar las santas indulgencias.





ORACIONES AL GLORIOSO SAN JOSÉ

PARA IMPLORAR SU PROTECCIÓN
EN TODAS LAS NECESIDADES QUE
OCURRAN.

Oración primera

En las angustias de este valle de lágrimas, ¿á quien recurriremos sino á vos, á quien vuestra amante esposa Maria consagró todos sus ricos tesoros á fin de que vos los custodiáseis para nuestro bien? Acudid á mi esposo José, dicenós Ma-

ria, y él os consolará; y aliviándoos del mal que os oprime, os llenará de dicha y contento. ¡Piedad, pues, José, piedad de nosotros, por el grande amor que tuvisteis hacia una esposa tan digna y tan amable!

Padre nuestro y Ave María.

Oración segunda

Reconocemos ciertamente que hemos irritado con nuestros pecados la divina justicia,

y que merecemos por ellos los más severos castigos. Y en tal caso ¿cuál será nuestros refugio? ¿A qué puerto podremos acogernos? Acudid á San José, dícenos Jesús; acudid á San José, pues fué tenido y reverenciado por mí en lugar de Padre. A él, como á Padre mio nutricio, le he comunicado yo todo mi poder, para que á su albedrío se sirva de él para vuestro bien. ¡Piedad, pues. José; tened piedad de nosotros por

el grande amor que tuvisteis á un hijo tan inefable y tan querido!

Padre nuestro y Ave María.

Oración tercera

Reconocemos que concita sobre nuestras cabezas los azotes más rigurosos el excesivo número de culpas que hemos cometido. ¿En qué arca pues nos acogeremos para salvarnos? ¿cuál será el iris de paz que nos conforte en tanto afán?

Acudid á José, nos dice el Eterno Padre: á él, que hizo mis veces en la tierra para con mi Hijo humanado. Yo le confié mi Unigénito, fuente perenne de gracia, y toda gracia está por lo tanto en sus manos. ¡Piedad, pues, José; piedad de nosotros, por el grande amor que manifestaste al gran Dios, tan liberal hacia vos!

Padre nuestro y Ave María.

Os rogamos, Señor,

por los méritos del patriarca San José, esposo de tu Madre, nos des mediante su intercesión aquello que nuestra posibilidad no alcanza. Tú que vives y reinas por todos los siglos. Amén.





Consagración de sí mismo,
de la familia

y de todo cuanto nos pertenece á San José

¡Oh Santo, digno sobre todos los Santos de ser venerado, invocado y amado, tanto por la excelencia de vuestra gloria, como por el poder de vuestra intercesión y de vuestro amoroso patrocinio! Yo N... en presencia de Jesucristo que os eligió en la tierra en lugar de padre, y de María que

se confió á vos como á su purísimo Esposo. os elijo hoy por amabilísimo abogado y protector mío, de mi familia y de mis bienes; y propongo firmemente no abandonaros jamás, sino hacer cuanto pueda para honraros y para que por medio de mí seáis también honrado por otros. Os suplico, pues ardientemente que os digneis acogermé ahora, y tenerme siempre bajo el manto de vuestra especialísima protección; que me

asistáis en todas mis acciones como vuestro siervo perpetuo; que intercedais en mi favor para con Jesús y María; sobre todo, que me confortéis con vuestro eficaz auxilio en la hora de mi muerte. Así sea.

Jesús, José y María,
en vuestras manos pongo
el alma mía.





ORACIÓN DEL SUMO PONTÍFICE LEÓN XIII
Á SAN JOSÉ

A vos, bienaventurado San José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de vuestra Santísima Esposa, solicitamos también confiadamente vuestro patrocinio. Por aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, os tuvo unido, y por el paterno amor con que

abrazasteis al Niño Jesús, humildemente os suplicamos que volváis benigno los ojos á la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo, y con vuestro poder y auxilio socorrais nuestras necesidades.

Proteged, ¡oh providentísimo custodio de la divina Familia! la escogida descendencia de Jesucristo; apartad de nosotros toda mancha de error y de corrupción; asistidnos propicio desde el cielo,

fortísimo libertador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas; y como en otro tiempo librasteis al niño Jesús del inminente peligro de la vida, así ahora defended la Iglesia santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad, y á cada uno de nosotros protegédnos con perpetuo patrocinio, para que, á ejemplo vuestro, y sostenidos por vuestro auxilio, podamos santamente vivir, piadosa-

mente morir, y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza. Amén.

Su Santidad León XIII, de gratisima memoria, concedió *trescientos días* de indulgencia, aplicables á los difuntos, por cada día del año que se rece devotamente esta oración; y *siete años con siete cuarentenas* de perdón, por cada vez que se rece públicamente en el mes de Octubre á continuación del Santo Rosario, rezado en público también (*Mocchegiani, «Collectio, Indulgentiarum»*, núm. 424).





ASPIRACIONES AL PATRIARCA SAN JOSÉ

PARA CADA DÍA DE LA SEMANA

En cada aspiración se dirán tres Glorias Patri á la Santísima Trinidad.

Domingo

Mi amado San José,
yo os suplico que me alcancéis un corazón contrito y humillado, y la pureza de cuerpo y alma.

Lunes

Gloriosísimo S. José,
pedid siempre por mí,

para que pueda cumplir la divina voluntad en todas los días de mi vida.

Martes

Jesús, María y José, mis dulcísimos amores: de Vos, por Vos y con Vos viva yo, padezca y muera.

Miércoles

Beatísimo San José, haced que yo lleve una vida del todo inocente y siempre segura bajo vuestro patrocinio.

Jueves

Mi amabilísimo San José, esposo castísimo de la purísima María, interceded siempre por mí, indignísimo siervo vuestro, y conseguidme gracia, misericordia y la salvación eterna.

Viernes

Benignísimo S. José, acordáos de mí, y rogad por mí hoy y siempre á vuestro Hijo putativo Jesucristo, que con su sangre me salvó.

Sábado

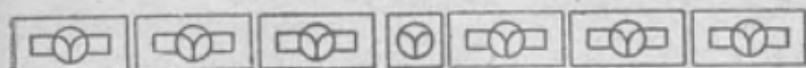
¡Oh inclito patriarca San José! con el favor de vuestra intercesión hacedme propicio á la Beatísima Virgen María, vuestra esposa immaculada, ahora y en la hora de mi muerte. Así sea.

Dios te salve ¡oh José! que escogido por Dios con preferencia á todos, fuiste enriquecido de gracias y adornado de santidad. El Señor es contigo: bendito eres entre todos

los hombres y bendito aquel que se dignó ser reputado por Hijo tuyo, Jesús.

¡Oh San José, esposo dignísimo de la Virgen María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.





NOVENA

AL GLORIOSO PATRIARCA

Hincado de rodillas ante alguna imagen del glorioso San José, hará la señal de la cruz, levantará el espíritu á Dios y dirá luego el Acto de Contrición: Señor mío Jesucristo, etc.

Oración á Dios Nuestro Señor para todos los dias

¡Dios y Señor mío, que llenastéis de innumerables favores, gracias y dones al gloriosa Patriarca y santísimo José, para hacerle digno Esposo, compañero y vigilante custodio de la Santísima Virgen, ayo y putativo padre de Cristo Redentor nuestro! Yo os doy repetidísimas gracias por tan alta dignidad y soberanos favores con que honrastéis á vuestro glorioso Santo, y os suplico

me concedáis la pureza del alma y cuerpo para que acierte á agradecer, y que merezca alcanzar, mediante su intercesión, la gracia que solicito y pido en esta Novena. Amén.

Deprecación al glorioso San José para todos los días

¡Santísimo Patriarca, glorioso San José, digno Esposo de la Inmaculada Virgen y Madre de Jesucristo! Yo os suplico interpongáis vuestros méritos, y me alcancéis del Señor que consiga mi humildad lo que intenta, y pide en esta Novena, siendo para gloria suya, honra vuestra y provecho de mi alma; pero si no fuese así, rectificad mi petición para que solo pretenda y pida lo conveniente para mayor gloria suya, culto vuestro y salvación de mi alma. Amén.

DÍA PRIMERO

¡Oh santísimo José, protector y amparo mío! En reverencia de las gracias y favores con que adornó la Trinidad beatísima vuestra santísima alma, para que en ella brotasen las suavísimas flores de tan heroicas virtudes, que os hicieron digno Esposo de la Santísima Virgen, padre putativo, ayo y custodio de su Unigénito Hijo, yo os suplico y rendidamente imploro vuestra intercesión benigna, para alcanzar de la divina Bondad los celestiales rocíos que fertilizan las almas, para que pueda la mía llevar frutos de virtudes que la mantengan en gracia durante esta vida, y final perseverancia con que llegue á celebrar los sagrados desposorios que esperamos en la eterna. Asimismo devotamente os suplico aleguéis vuestros poderosos méritos, alcanzándome lo que

ruego y pido en esta Novena, si conviene á la salud de mi alma. Amén.

Ant. José, hijo de David, no temas ni rehuses recibir á tu castísima Esposa en tu santa compañía, porque lo que ha concedido es por gracia del Divino Espíritu.

Ruega por nosotros, santísimo José.

Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

DÍA SEGUNDO

¡Oh santísimo José, protector y amparo mío! En reverencia del dolor que padecistéis no alcanzando la alteza de los misterios al considerar en cinta á vuestra castísima Esposa, y del gozo que recibisteis del ángel, que aseguró ser el Espíritu Santo especialísimo autor de su virginal preñez, yo imploro vuestro favor para alcanzar de las divinas piedades

cumplida gracia para guardar la limpieza y castidad de alma y cuerpo que pide mi estado, pues tanto resplandecisteis y os esmerasteis en ella. Asimismo devotamente os suplico me alcancéis de la Majestad divina la especial gracia y favor que pido en esta Novena, siendo conveniente á mi eterna salvación. Amén.

Se concluirá como el primer día.

DÍA TERCERO

¡Oh santísimo José, protector y amparo mío! En reverencia del doloroso quebranto que sentisteis al mirar la pobreza y desnudez de Jesús, el frío que sufría y sus tiernos llantos, que os lloraron de compasión amorosa, y en reverencia del consuelo celestial que regocijó á vuestra alma, oyendo la música misteriosa que entonaron los cortesanos del cielo, y aceptando los regalos que

con tierna sencillez ofreció la devoción de los pastores humildes, os suplico interpongáis vuestra poderosa intercesión para que yo desestime la vanidad de las galas y riquezas engañosas con que se goza el mundo, porque no me sirvan de estorbo para buscar los verdaderos contentos de la gracia que en esta vida aseguran los eternos de la gloria. Os suplico interceda la eficacia de vuestros copiosos méritos para alcanzar el favor que os pido en esta Novena, si conviene á mi eterna salvación. Amén.

Se concluirá como el primer día.

DÍA CUARTO

¡Oh santísimo José, defensor y amparo mío! En reverencia del compasivo dolor y ternura de lágrimas que derramaríais sin duda viendo herir al niño Dios cuando se circuncidó, y derramar el te-

soro de su sangre preciosísima, y en reverencia del gozo espiritual que recibió vuestro espíritu llamando al Niño Jesús, pues era verdadero Salvador de todo el linaje humano, yo os suplico me alcancéis que acierte á circuncidar los perniciosos resabios del demasiado amor propio, convirtiéndolo en caridad de mis prójimos, que les alivie en todas sus necesidades cuanto me sea posible. Y juntamente suplico propongáis en el tribunal divino vuestros poderosos méritos, que alcance la especial gracia que pido en esta Novena, y que sea eficaz medio para conseguir la gloria. Amén.

Se concluirá como el primer día.

DÍA QUINTO

¡Oh santísimo José, mi abogado y especialísimo amparo! En reverencia de aquel triste descon-

suelo que atormentó vuestro tierno corazón cuando el anciano Simeón profetizó los dolores, escarnios, contradicciones y penas que preparó la malicia á vuestro amado Jesús, y en reverencia del gozo que vuestra alma sintió al oír que todos estos trabajos se disponían para ejemplo y redención de los hombres, yo os pido, santísimo Patriarca, seais mi especial abogado y me alcancéis que, mediante la total conformidad en las penas y desgracias de esta vida, sea mi alma del número felicísimo de las que logran y consiguen el fruto de los tormentos y la pasión de mi Señor Jesucristo. Yo os suplico que presentéis vuestros méritos á las divinas piedades para alcanzarme la gracia que pido en esta Novena, si no impide la salvación de mi alma. Amén.

Se concluirá como el primer día.

DÍA SEXTO

¡Oh santísimo José, mi defensa y abogado especialísimo! En reverencia del compasivo dolor que atravesó vuestra alma al disponer la partida, huyendo de la tiranía y crueldad del rey Herodes, y del gozo que sentistéis cuando, arruinados los ídolos, empezó á desfallecer el poder de los demonios, yo os pido, amantísimo José, interpongáis vuestra intercesión piadosa, alcanzando se desvanezca en mi alma, á las luces de la ilustración divina, la obscuridad que mantiene las aficiones y embaucamiento del mundo, y sólo abrace las verdades y desengaños, que la dispongan para recibir los frutos de soberanos influjos, y ahora la especial gracia que os pido en esta Novena, y os suplico se enderece á conseguirla consumada en la gloria. Amén.

Se concluirá como el primer día

DÍA SÉPTIMO

¡ Oh santísimo José, protector y amparo mío! En reverencia de la tristeza y dolor que atormentó á vuestra alma, sabiendo al volver de Egipto que, muerto Herodes, era rey un hijo suyo, que temisteis imitase la tiranía de su padre, y en reverencia del gozo que alivió vuestra tristeza con la embajada del ángel, que os mandaba retirar con el Infante y su purísima Madre á la provincia de Galilea, yo os suplico, custodio vigilantísimo de estas dos divinas prendas, me alcancéis especialísima gracia de la Majestad suprema para imitar, cuanto pueda, vuestra atención cuidadosa y reverencial amor, para servir con perpetua esclavitud á esa celestial Señora, purísima Esposa vuestra, digna Madre de mi Dios, y mi especial abogada; y empeño vuestra fineza para que ambos inter-

cedáis con mi Dios, y me alcancéis el favor que pido en esta Novena, si ha de ser medio y oportuna prevención á la salud de mi alma. Amén.

Se concluirá como el primer día.

DÍA OCTAVO

¡Oh santísimo José, mi especialísimo amparo! En reverencia del desconsuelo y tristeza con que estuvo vuestro amante corazón los tres días que se retiró Jesús y ausentó de vuestro ojos y del gozo en que se bañó vuestra alma viéndole entre los doctores, proponiéndoles dificultades gravísimas de la Sagrada Escritura, yo os suplico que ofrezcáis vuestro gran merecimiento á la Majestad divina, alcanzándome eficaz gracia para que siga mi alma el verdadero camino y senda de las virtudes, su aumento y

perseverancia en ellas; para que hallado por gracia del dulcísimo Jesús en las vicisitudes de esta vida, viva en Él por amor perseverante, hasta que quede seguro, sin el miedo de perderle, en la quietud de la eterna. Y os suplico seáis mi fiel intercesor, y me alcancéis el favor y la gracia que pido en esta Novena, si conviene á mi eterna salvación. Amén.

Se concluirá como el primer día.

DÍA NOVENO

¡Oh santísimo José, protector y amparo mío, Patriarca el más dichoso, de los más festejados y honrados de Dios en los palacios del cielo, cuyo gran merecimiento predicó el Espíritu divino, llamándoos ùigno Esposo de María y Padre Putativo de Jesucristo! Yo humilde devoto vuestro, me regocijo en el alma, y os

doy amorosos parabienes del alto grado de gloria que gozáis en la feliz compañía de vuestra divina Esposa. Y pues sois especial dispensador de los tesoros del cielo, y facilita vuestra intercesión piadosa lo que parece imposible á nuestra humana flaqueza, pues no negará Jesús cosa alguna en el cielo á quien quiso su fineza vivir sujeto en la tierra, yo os suplico, amantísimo José, interpongáis toda vuestra autoridad con vuestra Esposa santísima, y ambos con vuestro querido Hijo y mi Redentor Jesús, para alcanzarme de su infinita piedad luz que destierre las tinieblas de mi entendimiento, gracia que enfervorice mi alma en el amor de las virtudes, y la filial perseverancia que corone los trabajos y ejercicios de esta vida con los bienes, felicidades y descanso de la eterna. Asimismo, rendidamente os suplico alcancéis de las divinas piedades paz y verdadera concordia

á los príncipes cristianos, extirpación de las herejías, á las almas del Purgatorio el eterno descanso; y finalmente, os ruego solicitéis para mí la especial gracia que pido en esta Novena, y sea todo á mayor gloria de Dios, honra vuestra y salvación de mi alma. Amén.

Se concluirá como el primer día.





ÍNDICE

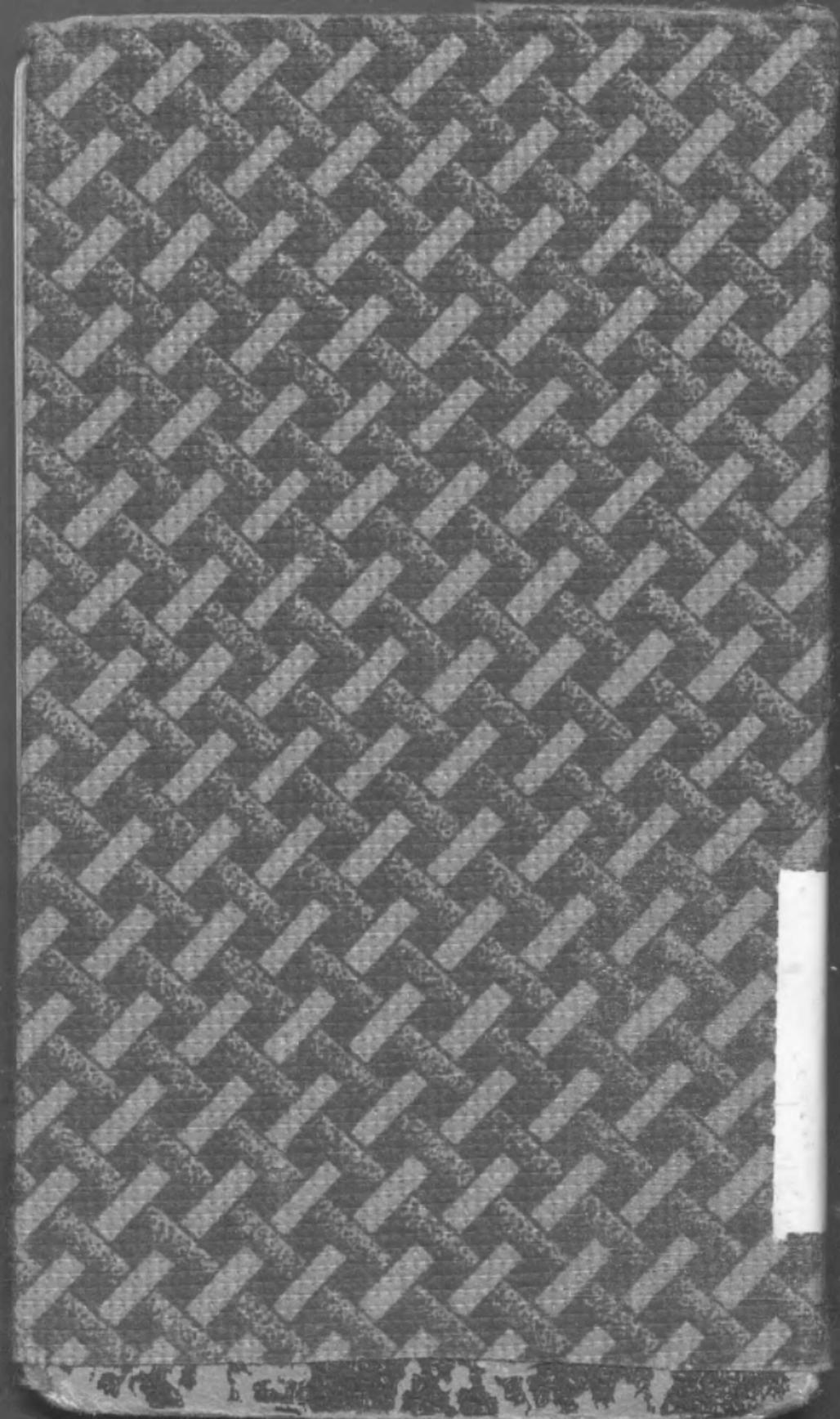
| | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| Introducción..... | 5 |
| Oraciones á los siete Dolores y siete Gozos..... | 11 |
| Meditaciones para los Siete Domin- gos.. .. | 24 |
| Segundo Domingo..... | 49 |
| Tercer Domingo..... | 63 |
| Cuarto Domingo..... | 79 |
| Quinto Domingo..... | 98 |
| Sexto Domingo..... | 113 |
| Séptimo Domingo..... | 127 |
| Ejercicios para oír la Santa Misa en honor del Patriarca San José..... | 141 |
| Oraciones para después de la Misa... | 185 |
| Ejercicios para la Confesión | 192 |
| Tríduo á San José..... | 209 |
| Corte de San José..... | 228 |
| Día 19 de cada mes..... | 246 |
| Práctica | 250 |

| | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| À María Inmaculada..... | 252 |
| Oración á San José para 30 días..... | 253 |
| Gozos en honor de San José..... | 266 |
| Culto continuo á San José..... | 273 |
| Oraciones á San José para las necesidades que ocurran..... | 279 |
| Consagración de sí mismo, de la familia y de todo cuanto nos pertenece á San José..... | 285 |
| Oración del Sumo Pontífice León XIII á San José..... | 288 |
| Arpiraciones á San José para cada día de la semana | 292 |
| Novena al glorioso San José..... | 297 |









G 305566